

Origen, evolución y caída del régimen de Mubarak

Javier Barreda
Universidad de Alicante

RESUMEN

Este artículo describe la evolución del régimen de Mubarak hasta su caída –y hasta el acceso a la presidencia por Mohamed Mursi– en términos políticos, sociológicos y económicos. Tras situarlo en el contexto histórico que dio pie a su configuración inicial (los regímenes de Náser y Sadat), da cuenta de la interacción entre las propuestas políticas y económicas del nuevo régimen y las respuestas políticas o parapolíticas que recibe. Muestra como la relativa estabilidad del régimen durante más de veinte años, construida sobre la coerción, pero también sobre una tolerancia selectiva, comenzó a desmoronarse cuando los efectos sobre la población y sobre su propio régimen de la liberalización económica emprendida en los 90 confluyeron con la previsibilidad del cambio en la jefatura del Estado y con la emergencia política de una nueva generación de egipcios que rompieron con las barreras psicológicas e ideológicas, de origen histórico, de sus mayores.

PALABRAS CLAVE: Historia de Egipto, revoluciones árabes, cambio político, movimientos sociales, liberalización económica

ABSTRACT

This paper describes in political, sociological and economic terms the origin and evolution of Mubarak's regime till its fall, including Mohamed Mursi's election as president of Egypt. First, it places Mubarak's period in power in its historical context, following Naser and Sadat's regimes. Then it describes the interaction between the new regime's economic and political proposals and the political and parapolitical responses on the part of Egyptian society. Finally it shows how the relative stability of the regime, lasting over twenty years and built on a combination of coercion and selective permissiveness, began to collapse, partly as a result of the effects of the economic liberalisation started in the 1990s on

both the Egyptian population and Mubarak's own regime. This coincided with the predictability of a replacement for the ageing leader and with the political emergence of a new generation that broke the psychological and ideological barriers, historically rooted, of their elders.

KEY WORDS: History of Egypt, Arab Revolutions, Political Change, Social Movements, Economic Liberalisation.

INTRODUCCIÓN

La mayoría de los análisis coinciden al localizar las causas del levantamiento contra el régimen de Mubarak: autoritarismo, violaciones de los derechos humanos, degradación de las condiciones de vida de la mayor parte de la población, corrupción de las elites políticas, transformación del papel social y político desempeñado por una juventud en aumento, espoleado y beneficiado por el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. La intención de este trabajo no es cuestionar ninguna de esas causas, sino más bien explicitarlas situándolas en un contexto que tal vez añada alguna, dando cuenta vívida de los motivos del levantamiento, más allá del "efecto contagio" de la revolución tunecina.

Las causas mencionadas, salvando las relativas a los jóvenes y al papel de las nuevas tecnologías, se encontraban ya "activas" en los veinte primeros años de mandato de Mubarak, hasta el punto de que tal vez la pregunta más pertinente al final de ellos era *cómo* había durado tanto. En este trabajo intentamos responder también a esta pregunta, lo que requiere preguntarse por la naturaleza del régimen y su evolución, lo que a su vez exige remontarse a sus orígenes. Los regímenes de Náser y de Sadat fueron la matriz del de Mubarak. El de Náser fue el régimen fundador de la primera república de Egipto, en el sentido que alude no sólo a la jefatura del Estado, sino también a unos principios mucho más amplios, ampliamente legitimados, algunos de los cuales condicionaron, mientras que otros sirvieron, a sus sucesores. Tal vez se pueda decir que la ruptura en sentidos contrapuestos con diferentes principios del naserismo (rechazando unos y reivindicando otros) por parte del régimen, por un lado, y por parte de los revolucionarios por otro, fue una de las causas de la caída del régimen de Mubarak.

1. LOS ORÍGENES DEL RÉGIMEN DE MUBARAK

EL RÉGIMEN DE NÁSER (1952-1970): LA CONSTRUCCIÓN DE UNA REPÚBLICA "SOCIALISTA ÁRABE"

El régimen naserista, cuyo origen se remonta al golpe de Estado de los Oficiales Libres en 1952, fue un régimen fundador, constituyente: abolió la monarquía, instauró la república, consiguió la independencia total de Gran Bretaña y las potencias extranjeras (nacionalización del Canal de Suez en 1956), se convirtió en promotor y líder del movimiento panarabista y del no alineado y, sobre todo, a los efectos que nos interesan ahora, encaminó progresivamente a su país por la vía de lo que luego se dio en llamar el "socialismo árabe". En el terreno económico, esto supuso la asunción por parte del Estado de un papel hegemónico, y en muchos casos monopolista, aunque no exclusivo, por la vía tanto de las nacionalizaciones como de la creación de un poderoso sector público. La mayor parte de los sectores financiero, industrial y comercial quedaron en manos del Estado, mientras se realizaban diversas reformas agrarias que limitaron la propiedad de la tierra mediante expropiaciones y redistribuciones que no atacaron la propiedad privada en sí ni acabaron con la burguesía agraria, pero sí con las mayores propiedades agrarias, con la hegemonía política de los grandes terratenientes egipcio durante siglos y con las relaciones de trabajo semifeudales (Waterbury, 1984: 263-269).

En el terreno socioeconómico, el régimen naserista incrementó el número de alumnos de primaria en un 250% y el de licenciados y graduados universitarios en casi un 400% (Ayubi, 1991: 173-175), y creó un sistema de seguridad social, protegiendo en particular los derechos de los trabajadores. El estado, en sus diversos sectores (administrativo, militar, policial, educativo, sanitario, industrial, cultural) multiplicó exponencialmente el empleo, en particular en la administración constituyéndose con gran diferencia en el principal empleador y en la vía de promoción económica, social y política (Ayubi, 1981: 88-98).

En el terreno político, el régimen naserista fue presidencialista y autoritario. La fuerte y original personalidad de Gamal Abdel Naser, su habilidad política y su autoritarismo llevaron a la institucionalización de unos poderes presidenciales casi absolutos, sustentados, más allá de la arquitectura política institucional del régimen (que generó diversas estructuras similares al partido único), en su relación con las masas, que sentían por él una auténtica devoción de tipo carismático, pero asentada también en el orgullo nacionalista y en la distribución de los beneficios del desarrollo económico y social del país, que Waterbury estimó una de las más igualitarias entre los países en vías de desarrollo (1984: 207).

Las elites dirigentes del régimen naserista fueron en un principio predominantemente militares, pero progresivamente se incorporaron a ellas, hasta desplazarlas, civiles del resto del aparato del Estado, en particular de su burocracia y de su aparato policial y de control de la información (Ayubi, 1981: 95-99). Los medios de comunicación del Estado pasaron a ser exclusiva (radio y televisión) o casi exclusivamente (prensa) estatales, y se promovió la creación de un gran aparato cultural estatal.

El régimen naserista no toleró la disidencia: los disidentes acabaron invariablemente en la cárcel, y muchos de ellos sufrieron torturas y algunas penas de muerte. El sector político más férreamente reprimido fue la corriente islamista, representada por los Hermanos Musulmanes. No obstante, también conocieron las cárceles la izquierda marxista, a lo largo de los 50, y representantes de otras corrientes políticas (Waterbury, 1984: 336-342). Los miembros de la denominada "burguesía feudal", que habían dominado el sistema político pluripartidista en la época monárquica (1922-1952), casi siempre autoritaria o fraudulentamente (Martín Muñoz, 1992), fueron condenados al ostracismo político, incluidos los últimos dirigentes del partido Wafd, antiguo campeón del nacionalismo egipcio, que en los años 40 había sido dominado por los grandes terratenientes. Sin embargo, diversos autores han considerado al régimen naserista marcadamente inclusivo tanto política como económicamente (Waterbury, 1983: 10; Ayubi, 1981: 68). Abrió sus puertas o las del Estado a todos quienes quisieron colaborar con él desde posiciones moderadamente críticas, como sucedió con la izquierda marxista en los 60 o con numerosos representantes de casi todos los sectores socio-económicos y corrientes ideológicas. Como señala Ayubi (1981: 71), en su ideología, y en gran medida en su práctica, defendía una concepción integradora, no competitiva, de la política, como reflejaba su consideración de las clases (cuya existencia no negaba, pero pretendiendo disolver las diferencias entre ellas) o de las corrientes políticas (a las que permitía defender opiniones, pero no intereses). Las diferencias habían de resolverse por la vía del consenso y el diálogo, mediante la integración corporativista en el Estado de todas las estructuras representativas, desde los sindicatos hasta las instituciones religiosas. Así, el régimen naserista se ganó el apoyo no sólo de los amplios sectores beneficiados por la expansión de la administración y del sector público, o por el reconocimiento de los derechos laborales y sociales, sino también de las influyentes clases medias rurales, de sustrato básicamente conservador, pero que, respetadas por el régimen, “en un momento de entusiasmo”, según la conocida expresión de Binder (1978), habrían abrazado los principios del naserismo.

La derrota de Egipto en la guerra de 1967 frente a Israel sumió al país en una profunda crisis política y económica. En 1968 se produjeron por primera vez grandes manifestaciones de rechazo a los males del régimen (autoritarismo, corrupción, ineficacia), que exigieron la reforma de aquel. Sin embargo, tras la derrota y la subsiguiente dimisión de Náser, manifestaciones multitudinarias habían pedido al presidente que siguiera en el poder y dirigiera dicha reforma, lo que consiguieron. A finales de septiembre de 1970, Náser murió tras lograr una solución negociada al enfrentamiento de las tropas jordanas y los *fedayyines* palestinos en Jordania y haber llevado a cabo importantes enmiendas en el aparato del Estado, en el ejército, e incluso en la política económica, ligeramente orientada ahora hacia la liberalización. A su entierro acudieron millones de personas que dieron un espectáculo de duelo colectivo pocas veces visto.

La muerte de Náser dejó un régimen fuertemente presidencialista y autoritario controlado por unas elites entre las que se habían desarrollado dinámicas de búsqueda y perpetuación en el poder y enfrentamientos, así como de corrupción económica (Ayubi, 1981: 77-79), en el marco de un Estado con un gran aparato institucional y humano que controlaba todos los aspectos de la vida económica y política del país; un régimen en crisis, pero todavía dotado de una fuerte legitimación popular de origen histórico y socio-económico, que serviría de asidero a los gobernantes posteriores, pero también les impondría ciertos principios y restringiría su margen de acción (Binder, 2009).

EL RÉGIMEN DE SADAT (1970-1981): ¿DESNASERIZACIÓN O CONTRARREVOLUCIÓN?

A la muerte de Náser, la presidencia de la República era el único poder del Estado realmente institucionalizado. Por ello, no es de extrañar que Anwar el-Sadat, vicepresidente de Náser, fuera aceptado como solución de urgencia para ocupar la presidencia, apoyado por los sectores conservadores del régimen, y desde la convicción del ala izquierda de aquel de que era un personaje débil, maleable y desprovisto de apoyos, que podría ser sustituido más adelante. No obstante, estos cálculos resultaron erróneos. El primer afán de Sadat una vez obtuvo los poderes presidenciales fue desembarazarse de sus adversarios, lo que consiguió en pocos meses mediante una serie de maniobras que culminaron en mayo de 1971 con el cese de muchos de aquellos y el ingreso de algunos en prisión (Shoukri, 1981: 31-55).

El segundo objetivo del nuevo presidente fue recuperar el territorio perdido frente a Israel. La expulsión de los expertos y asesores soviéticos a los que Náser había recurrido, y sus permanentes llamadas a la paz y a la cooperación con Estados Unidos, le permitieron coger al mundo por sorpresa con la guerra lanzada en octubre de 1973. El acuerdo de alto el fuego, cuando las tropas egipcias contaban con una situación relativamente ventajosa, permitió a Sadat retomar las relaciones con Estados Unidos y revertir el juego de alianzas egipcias, sellado por la visita de Nixon a Egipto (1974).

Apoyándose en la legitimación obtenida por "la victoria de Octubre", Sadat pudo emprender en el interior una política que a menudo ha sido calificada de "desnaserización" o "contrarrevolución" (Shoukri, 1981). En el terreno económico, intentó atraer las inversiones extranjeras, sobre todo árabes, permitiendo su participación en empresas públicas, y liberalizó parcialmente el comercio, propiciando la importación principalmente de bienes de consumo. En junio de 1974, el Parlamento aprobó una ley que preveía la devolución o la indemnización por 140.000 feddanes expropiados durante el régimen de Náser, si bien sus previsiones no se llevarían a cabo plenamente hasta 1981.

Con la reestructuración de las elites y las medidas económicas liberalizadoras, Sadat comenzó a construir una nueva base social para "su" régimen, que intentó ampliar mediante otros movimientos ideológicos y políticos. Promovió que se le calificara como "el presidente creyente", en evidente contraposición a Náser, al que los islamistas consideraban impío, y en la onda del repliegue piadoso tradicional y ortodoxo propiciado por la derrota y la crisis económica, y financiado por los regímenes conservadores del Golfo, con los que Sadat recuperó las relaciones deterioradas por el "socialismo" naserista. Uno de los principales aliados que buscó fueron los Hermanos Musulmanes, con cuyo Guía Supremo, Omar al-Tilmissani, mantendría contactos regulares (Al-Musawwar, 1982), y a quien pediría que contribuyera a calmar los excesos violentos de los jóvenes islamistas más radicales, a quienes el propio Mubarak reconocería en diversas ocasiones haber estimulado en aquella época para contrarrestar las pujanzas de las corrientes naserista y socialista en las universidades.

Desde 1977 la estabilidad del régimen de Sadat comenzaría a verse amenazada por la confluencia de diversas manifestaciones de rechazo y grupos de oposición. Las revueltas urbanas de enero de aquel año, en protesta por la supresión de las subvenciones a los productos de primera necesidad, que el ejército reprimió a condición de que se anulara la medida, pusieron de manifiesto que se había abierto una falla entre los beneficiados por el *infitah* (apertura) económico y la

mayor parte de la población que, además de ver como disminuían sus ingresos, había visto como se deterioraban los servicios sociales y educativos (Shoukri, 1981: 314-335).

Las corrientes naseristas "puristas" y socialistas habían manifestado desde un primer momento su rechazo a las opciones económicas de Sadat, y buscado el activismo político y la conexión con las masas, principalmente obreros y estudiantes, en los intersticios del sistema político. A partir de 1976, Sadat pretendió cumplir sus promesas de liberalización política al promover la creación de tres "plataformas de expresión" a partir de los propios componentes del Parlamento, es decir, de personas de su relativa confianza que, según sus designios, representarían la izquierda, el centro (la plataforma de Sadat) y la derecha. Poco después, esas plataformas se convertirían en partidos, un total de cuatro, a los que se permitiría tener sus propios medios de prensa: uno de ellos era el Partido Nacional Democrático (PND), presidido por Sadat, y del que Mubarak sería secretario general, que reclamaría en vano la herencia del naserismo; otro el Partido Socialista del Trabajo (PST), que acogía a personalidades de inclinación nacionalista, estatista, islamista y socialista; otro el Agrupamiento Nacional Progresista Unitario (Tagammu), que pretendía acoger las corrientes naseristas y de cierta izquierda marxista; y otro el Partido de los Liberales Socialistas, cuyo único rasgo distintivo sería su absoluta fidelidad al poder.

La ley establecía una serie de condicionantes para poder formar un nuevo partido y, sobre todo, ponía la interpretación del cumplimiento de dichos condicionantes en manos de una Comisión de Partidos controlada por el régimen (Martín Muñoz, 1992: 309-335). En 1978, un fallo del Tribunal Constitucional autorizó la re-constitución del partido Wafd, presidido por su último dirigente de peso en los años 40, Fuad Serag Eddin, representante de los antiguos grandes terratenientes y ex-ministro del Interior, distinguido por sus políticas represivas. La autorización del partido Wafd fue característica de la manera de actuar de Sadat y Mubarak: cuando una medida podía ser políticamente incorrecta -en este caso por la vigencia del naserismo- se dejaba en manos de los tribunales, y no del poder ejecutivo o legislativo, tomarla.

El nuevo espíritu democrático de Sadat quedaría pronto en entredicho, en cuanto los nuevos partidos políticos y el resto de los activistas políticos comenzaron a hacer uso de las nuevas libertades (es decir, la crítica oral en la prensa), y en cuanto se reveló que la firma de los acuerdos de Camp David, firmados con Israel en 1978 tras la audaz y sorpresiva visita de Sadat al

Parlamento israelí para ofrecer la paz en 1977, concitaba el rechazo de la mayoría de las fuerzas políticas a pesar de sus diferencias. En 1978 y 1979 sendas duras leyes limitaban el ya maltrecho ejercicio de la libertad de expresión y del resto de los derechos políticos.

El partido Wafd se autodisolvió antes de la pantomima de las elecciones de 1979 (Martín Muñoz, 1992: 335-337), al comprender que sus críticas no iban a ser toleradas, y las corrientes islamistas, intransigentes con la cuestión de Palestina y con una agenda propia, entraron en un enfrentamiento abierto con el poder, agudizado por la radicalización de quienes no compartían la vía más moderada de los Hermanos Musulmanes y recurrían a la violencia armada. Hasta la iglesia copta, molesta por la tolerancia del régimen ante los excesos de los islamistas y el trato discriminatorio que sufría en la vida pública, se unió al frente contra Sadat, rechazando también el papa Chenuda III el acuerdo de paz con Israel.

El enfrentamiento entre el régimen y la oposición concluyó con una medida desmesurada: en los primeros días de septiembre de 1981, Sadat mandó a prisión a más de 1.500 dirigentes de la oposición de todas las tendencias políticas y sectores sociales (islamistas, naseristas, socialistas y otros; políticos, imanes, periodistas, sindicalistas, al guía de los Hermanos Musulmanes e incluso al propio papa Chenuda). Un mes después, el 6 de octubre de 1981, durante la celebración de la victoria de 1973, el presidente era asesinado por militares islamistas del grupo *Yihad*.

La muerte de Sadat supuso el fin de un régimen que había violentado algunos de los fundamentos del régimen naserista, del que había heredado su legitimidad inicial. Sin satisfacer a los adversarios históricos de aquel, se había enemistado a sus partidarios puristas. Y ello a pesar de que apenas modificó, en última instancia, el modelo económico y político del país (Ayubi, 1981). Su política de liberalización económica, a pesar de contar con una importante afluencia de capitales, derivada sobre todo del cambio en la política exterior, revirtió sólo en sectores económicos, como el turismo, el comercio importador o la construcción (Waterbury 1984: 123-157), acentuando las desigualdades. Sectores de la burguesía urbana y rural, de la burocracia y de los aparatos militares y de seguridad, se beneficiaron de la apertura parcial a los mercados exteriores, tejiendo alianzas entre ellos en el marco de una economía aún mayoritariamente dominada por el Estado (Ayubi, 1981: 100-117; Waterbury, 1984: 171-188). Los trabajadores de la administración y del sector público, y los comerciantes sin contactos en la Administración y lazos con el exterior vieron, por el contrario, disminuir su nivel de vida, cuando no se empobrecieron (Ayubi, 1991: 80-85).

En el terreno político, el régimen de Sadat fue esencialmente autocrático, y pese a sus ocasionales medidas de liberalización, con las últimas que adoptó acabó acercándose a un régimen dictatorial. Su experimento pluripartidista quedó finalmente en agua de borrajas, y legó una constitución, promulgada en 1980, que constituía una curiosa mezcla de la retórica y los principios socialistas del naserismo y de los del liberalismo político y económico.

2. EL RÉGIMEN DE MUBARAK (1981-2011)

DISTENSIÓN CON LA OPOSICIÓN Y REINSTAURACIÓN DEL "PLURIPARTIDISMO RESTRINGIDO" (1981-1990)

Desde 1981 hasta 1987, Mubarak se prodigó en el terreno de la distensión, la prudencia y las promesas de liberalización política, y los diversos sectores de oposición a Sadat respondieron con la cooperación o una contestación atenuada.

En el terreno político, Mubarak recuperó el sistema pluripartidista restringido de Sadat, y permitió que los escasos partidos políticos autorizados entraran en los parlamentos de 1984 y 1987, y con ellos, integrados en las listas de sendos partidos (Wafd y Partido Socialista del Trabajo (PST), respectivamente), los Hermanos Musulmanes, que demostraron, a pesar de las abundantes medidas de control y fraude en las elecciones, que eran la fuerza política más organizada y popular¹. Los medios de prensa de los partidos fueron autorizados de nuevo, y la libertad de expresión se amplió incluso en los medios estatales. Los islamistas radicales procesados a raíz del asesinato de Sadat fueron benevolentemente tratados, más allá de las penas de muerte para los principales implicados (1984). Finalmente, el papa Chenuda, recluso desde 1981 en un monasterio del Sinaí, fue rehabilitado (1985), para convertirse en adelante, incluso tras el desencadenamiento de las protestas de 2011, en un fiel partidario de Mubarak.

La política económica no fue alterada sustancialmente: el nuevo presidente declaró que quería eliminar los daños de la "apertura parasitaria", y limitarse a buscar la "productiva". Promovió el desarrollo de las infraestructuras y el reordenamiento y afinamiento de las leyes liberalizadoras ya existentes sin ir más

¹ En 1984, la alianza Wafd-Hermanos Musulmanes obtuvo 57 escaños (12,7%), y los demás partidos ninguno. En 1987, la alianza Partido Socialista del Trabajo-Partido de los Liberales Socialistas (PLS)-Hermanos Musulmanes, llamada a partir de entonces, Coalición Islámica, obtuvo 60 escaños, el partido Wafd, 36, y candidatos independientes, 4 (es decir, el conjunto de la oposición obtuvo un 22,3% de los escaños electivos) (Martín Muñoz, 1992: 355-426).

allá en ellas, e intentando equilibrar la balanza de pagos, netamente inclinada hacia las importaciones, y orientar los recursos rentistas del Estado (gas y petróleo, Canal de Suez, turismo) hacia la inversión (Djoufelkit-Cottenet, 2011). Los acuerdos de paz con Israel no fueron modificados, y se recuperó el Sinaí gracias a los acuerdos de Taba de 1982; sin embargo, las relaciones con el antiguo enemigo se congelaron, resistiendo a los cantos de sirena israelíes para una mayor cooperación, mientras se recuperaban progresivamente las relaciones con todas los países árabes, rotas tras los acuerdos de Camp David.

A mediados de los 80, las huelgas de los obreros del sector público en 1984 y 1986 y la revuelta de los reclutas de la Seguridad Central (1986), señalaron el malestar de los estratos más desfavorecidos de la población en el marco de una situación de crisis económica que llevó al país a alcanzar una deuda externa de 50.000 millones de dólares a finales de los 80, y al régimen a adoptar medidas como la derogación, a mediados de la década, de la ley que garantizaba un empleo público a los titulados universitarios. La desafección al régimen entre las clases medias se manifestó en la imposición de candidatos de oposición, fundamentalmente islamistas, pero también de inclinación naserista o de izquierda socialista, en la mayoría de los consejos de dirección de los principales colegios profesionales (Qandil, 1994; Longuenesse y Monciaud, 2011). Siguiendo su política de tolerancia y control, el régimen permitió estos espacios de pluralismo durante varios años. En 1987, el asesinato del presidente del Parlamento, Rifaat El-Mahgub, confirmó el reverdecimiento de las actividades armadas del islamismo radical, que había llevado a cabo atentados dispersos contra las fuerzas de seguridad, en venganza por la represión de estas (Ibrahim, 1994:271).

En el terreno político formalizado, la conclusión en 1990 de la legislatura del Parlamento elegido en 1987 marcó el paso a una nueva etapa. Ante la evidencia de que el juego político seguía controlado por el poder, que decidía quien se podía presentar a las elecciones y a quien consentía obtener escaños, los principales partidos de la oposición y los Hermanos Musulmanes decidieron boicotear las elecciones de 1990², y algunos, posteriormente, las elecciones presidenciales de 1993, tras haber apoyado a Mubarak en 1987 (Barreda, 2009).

² Las elecciones arrojaron el resultado final de un Parlamento con 6 diputados del partido Tagammu, 19 independientes, y el resto del partido gobernante, el Partido Nacional Democrático (PND, 95% de los escaños).

LA POLARIZACIÓN RÉGIMEN/ISLAMISMO POLÍTICO

Entre 1990 y 1995, los militantes islamistas de las Gamaat Islamiyya y el Yihad, entre otros, se enfrascaron en una espiral de violencia con las fuerzas de seguridad. Cientos de policías e islamistas murieron, y se multiplicaron los atentados contra altos cargos del régimen y algunos intelectuales hasta que, desde 1992, los islamistas orientaron sus armas hacia los turistas extranjeros. El enfrentamiento con las fuerzas de seguridad llegó a asemejarse en el Alto Egipto a una guerra de guerrillas, y decenas de miles de jóvenes, implicados en actos de violencia o meros sospechosos, llenaron las cárceles. Esta deriva se hizo aún más inquietante cuando algunos ulemas y abogados radicales pretendieron dar un marchamo de legitimidad religiosa y legalidad jurídica a ciertas actuaciones violentas (Barreda, 1996).

En este escenario, el régimen creyó necesario apretar las tuercas a la oposición, en particular a los Hermanos Musulmanes, que sufrieron oleadas de detenciones y juicios especiales (militares o de los Tribunales de Seguridad del Estado) en 1992, 1993 y 1995, mientras el régimen promulgaba leyes destinadas a controlar los colegios profesionales y la prensa en general (Barreda, 1995). Sin embargo, este control se relajaría de nuevo posteriormente, permitiendo de nuevo que en la prensa de oposición se criticaran todas las políticas del régimen, incluida la tortura. La legislación y otras medidas judiciales o administrativas represivas esgrimidas ocasionalmente tenían por objetivo recordar las reglas de juego básicas propuestas e impuestas por el régimen: no habría alternancia en el poder, ni se permitiría que el régimen fuera realmente amenazado, pero la oposición podría participar en política mediante la opinión. Esta concepción de la participación política excluía que la oposición, legal o ilegal, entrara abiertamente en contacto con las masas (Barreda, 2004): los partidos y activistas podían decir y hacer lo que quisieran en los medios de prensa y en recintos cerrados, pero no realizar ningún tipo de actividad política en la calle (incluso en las elecciones, los mítines debían celebrarse en las sedes de los partidos o en pabellones de tela instalados a tal efecto). Esta política fue fortalecida por la toma del control de las mezquitas no estatales y la depuración de islamistas de las escuelas desde 1993 (Barreda, 1996).

Las elecciones de 1995 fueron intrascendentes en términos de competitividad y representatividad absolutas, habida cuenta de la represión de los Hermanos Musulmanes, que no pudieron presentar candidatos, y de que el resto de los partidos, si bien habían crecido en número, no dejaban de ser los partidos autorizados por el régimen (y no se habían autorizado partidos islamistas,

naseristas o de izquierda marxista), considerablemente desacreditados y fáciles de controlar mediante diversos procedimientos, incluida la violencia. Sin embargo, dichos comicios trajeron los primeros indicios serios de una cierta funcionalidad competitiva y representativa de las elecciones a la que nos referiremos más adelante³.

El paroxismo de la violencia del islamismo radical facilitó al régimen plantear la disyuntiva que siempre buscaría plantear: "o nosotros o los islamistas (violentos)", a pesar de que los Hermanos Musulmanes siempre se habían distanciado en los años 70- 90, en su discurso y en la práctica, de la violencia. La polarización forzada régimen/islamismo funcionó hasta que a finales de siglo se extinguieron las actividades armadas del islamismo radical -más allá de algún atentado aislado posterior-, gracias en primera instancia a la represión y posteriormente a una tregua pactada en las cárceles.

LA PRIMERA FASE DE LA LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA DEFINITIVA (1991-2003)

La autocontención de la oposición secularista, la represión de los Hermanos Musulmanes, la insignificancia de las voces críticas en los parlamentos de 1990 y 1995, y el consentimiento adquirido por el régimen frente al terrorismo islamista, permitieron a aquel abordar, sin gran oposición, la liberalización económica definitiva.

Ya antes de 1991 se habían acometido importantes reformas en el sector agrícola, como la supresión de la obligatoriedad de mantener ciertos cultivos y de vender cuotas de producción al Estado, y la liberalización de los precios de venta. Asimismo, se había autorizado la posesión por inversores extranjeros del 100% de empresas manufactureras y la compra de terrenos a tales efectos. Otras medidas relativas al acceso a las importaciones y a los créditos bancarios habían afectado al sector del comercio (Ireton, 2011). Sin embargo, fue a partir de 1991 cuando Egipto se lanzó definitiva, aunque lentamente, por la vía de la

³ Las elecciones de 1995 fueron las más violentas de todas las celebradas hasta entonces, y arrojaron un saldo de 51 muertos y 878 heridos, siendo cometidos la mayor parte de los actos violentos por los partidarios del gobernante PND. La composición final de Parlamento contó con 417 diputados para el PND (93,91% de los escaños electivos), 14 para los partidos de la oposición y 19 independientes, si bien hay que señalar que 99 de los candidatos del PND fueron elegidos como independientes (Gamblin, 1997).

liberalización económica, tras cerrar un acuerdo de ajuste estructural con la Banca Mundial y el FMI.

Como hemos dicho, a finales de los años 80 Egipto había acumulado una deuda exterior de 50.000 millones de dólares. La economía egipcia se había visto muy perjudicada por el descenso de los precios del petróleo, que se acentuaría tras la Guerra del Golfo llevada a cabo por una coalición internacional contra Iraq (1991). Sin embargo, la guerra también le permitiría obtener un beneficio que compensó con creces las pérdidas, al serle condonada al país, gracias a su participación en el conflicto, la mitad de la deuda externa. Esta importante reducción de sus obligaciones internacionales, junto a la financiación obtenida del FMI y el Banco Mundial, permitió al régimen abordar las primeras fases del programa de ajuste estructural a un ritmo pausado, y prestando atención a mitigar los efectos sociales de las reformas.

La liberalización de la agricultura fue completada con la aplicación, a partir de 1997, de una ley relativa a las relaciones entre propietarios y arrendatarios de las tierras agrícolas, que multiplicó por tres el precio de los arrendamientos, y eliminó su duración de por vida y su transmisión por herencia. La liberalización de la agricultura llevó a un gran incremento de la producción y de su valor, y a la aparición de empresas orientadas a la exportación, pero también a la desposesión de muchos campesinos, al empobrecimiento de otros, a la distribución más desigual de la propiedad agrícola, y a muchos conflictos, que causaron más de un centenar de muertos y cientos de heridos (Ireton, 2011: 481).

En el terreno no agrícola, entre 1991 y 1998, el Estado vendió 94 de las 314 grandes empresas del sector no financiero en las que había agrupado el grueso del sector público (Djoufelkit-Cottenet: 2011), lo que facilitó un crecimiento medio de la economía del 4,6% en dicho periodo, y que el déficit presupuestario se redujera al 4,2%, después de haberse situado en torno al 20% a lo largo de los 80 (El-Sayyed, 2011: 421-422). La liberalización incrementó su ritmo a partir de 1999, siendo vendidas, entre ese año y 2003, 109 empresas públicas, más que en los ocho años anteriores (Djoufelkit-Cottenet, 2011).

EL DESARROLLO DE LA "SOCIEDAD CIVIL" EN LOS AÑOS 90

A principios de los años 90 parecía ya evidente que el régimen de Mubarak no iba a consentir la libre formación de partidos, ni el crecimiento y eventual éxito en las elecciones de los autorizados. A finales de la década, estos habían perdido, además, por méritos propios o del régimen, el crédito que hubieran podido tener

como oposición (Barat, 2004: 182-185): el Wafd, conservador, no se distinguía demasiado del régimen ni en la composición social de sus élites ni en sus propuestas económicas, menos aún tras el comienzo de la liberalización económica (Kienle, 1997); el Tagammu había perdido un gran número de partidarios, insatisfechos tal vez por el carácter heteróclito y contemporizador con el poder de su izquierdismo (Ramsis, 1997), y por el alineamiento con el régimen en su oposición al islamismo de su secretario general, Rifaat El-Said. Ambos partidos, y otros de menor peso, serían cooptados mediante la atribución de ayudas y escaños, en las elecciones o por designación presidencial. El único partido que había plantado realmente cara al régimen, el PST, islamo-socialista (Gómez García, 1996), desaparecería prácticamente de la escena política en 2000, junto con su periódico *Al-Shaab*, ante el continuo hostigamiento de las autoridades (Barreda, 2004).

Sin embargo, ante las restricciones del sistema político formal y la inoperancia de los partidos (Barat, 2004: 182-185), desde principios de los años 90 miembros de las clases medias y profesionales comenzaron a constituir, buscando los intersticios que dejaba la ley, organizaciones y asociaciones de carácter formalmente no político, pero de clara intencionalidad política. Así, en el marco de la proliferaron de las ONGs en general, nacieron y se incrementaron exponencialmente las asociaciones de derechos humanos o de defensa de derechos específicos, centros de estudio o de asistencia legal; los unos orientados a tratar aspectos puramente políticos, y los otros a defender los derechos de trabajadores, detenidos, campesinos, etc. (Yacoub, 2011: 388-389; Fuad, Rifaat y Murqus, 2004).

El desarrollo de la llamada "sociedad civil" se vio favorecido por la autorización, desde la segunda mitad de los 90, de medios de prensa privados. En el marco de la liberalización económica, y de la diversificación de las elites del régimen y sus intereses, a menudo contrapuestos entre sí, la apertura en la propiedad de medios de comunicación, siempre limitada y controlada, era perfectamente coherente con la "política de participación política del régimen": libertad muy considerable para expresar las opiniones y las diferencias para las elites políticas, sociales, económicas e intelectuales -sometida al papel de árbitro decisor de Mubarak y su círculo más selecto, y barreras para la comunicación y la confluencia entre dichas elites y "la calle" (Barreda, 2004).

La autorización selectiva de medios de prensa privados no implicó la renuncia del régimen a ejercer cualquier tipo de control sobre ellos. Por el contrario, diversos periódicos, como *al-Dustur* o *Sawt al-Umma*, perdieron prontamente

sus licencias por decisiones administrativas, aunque algunos luego las recuperaran, formalmente por decisiones judiciales que en ocasiones encubrían el cierre de transacciones con el régimen (Barreda 2004: 79). De la misma manera, que el régimen consintiera el activismo político por medio de asociaciones y ONGs, no implicaba que cerrara los ojos ante quienes traspasaban ciertos límites. Los ejemplos de estos podrían ser numerosos, pero mencionaremos tan sólo dos que tuvieron gran repercusión internacional: el procesamiento de Hafez Abu Saada, presidente de la Organización Egipcia de Derechos Humanos, en 1998, y el procesamiento y encarcelamiento, mucho más largo y penoso, de Saad Eddin Ibrahim, director del Centro Ibn Jaldún de Estudios para el Desarrollo, entre 2000 y 2003.

EL COMIENZO DE LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS ELITES DEL RÉGIMEN

En paralelo a la liberalización económica fueron produciéndose lentos cambios en el componente humano del régimen: en sus elites y en sus apoyos socioeconómicos. Como señala Springborg (1991: 158-180), Mubarak no revirtió la política de Sadat de concentrar el control de su partido y de su régimen en manos de la burguesía (de Estado y privada), pero sí tuvo el cuidado de desplazar en ambos, a lo largo de los años 80, a aquellos personajes tenidos por "parasitarios" y asociados al *infitah* de Sadat, en favor de otros burócratas o de la antigua burguesía previa a la época naserista. Los parlamentos de 1984 y 1987 mostraron una considerable renovación de los diputados del PND, y una clara inclinación hacia los intereses de la burguesía, en particular la rural. Las cámaras siguientes conocieron un gran incremento de los hombres de negocios (y dentro de ellos, de los grandes), de los comerciantes, de los propietarios agrícolas y de los banqueros, hasta el punto de que en el año 2000 entre todos ellos sumaban 132 de los 448 diputados. Si a ellos sumamos 129 funcionarios públicos, 11 ministros y ex ministros, 21 ex oficiales de policía y 3 ex magistrados, y tenemos en cuenta que otros 77 diputados eran clasificados como "jubilados" y "otros", nos haremos una idea de las bases sociales dominantes del régimen (Abu Rida, Aid y Qasem, 2001).

Hasta finales de los años 90, la relación entre las elites del Estado, por un lado, y las del sector privado por otra, era de cooperación y simbiosis con una clara división de papeles: ambos sectores daban su apoyo al régimen, pero el poder político quedaba esencialmente en manos de las primeras. Numerosos miembros de la burocracia, las fuerzas de seguridad y el ejército intentaban beneficiarse de la liberalización parcial de la economía, mientras que el sector privado intentaba

llevar adelante sus negocios, o hacerse con los recursos a privatizar en condiciones ventajosas, para lo que era conveniente tener buenas relaciones con los funcionarios (Gobe, 1999: 221-255). Así, hasta 2004, la mayoría de los hombres fuertes del régimen fueron siempre los mismos. Las mismas personas pasaban, si ninguna razón grave llevaba a sustituirlos, 15 ó 20 años en los puestos de máxima responsabilidad del gobierno, del ejército, del Parlamento y del partido, conformando una auténtica gerontocracia. Sin embargo, a finales de los años 90, por un lado las grandes figuras del sector privado habían incrementado mucho su poder económico y su acceso al poder político, y por otro los principales sectores que quedaban por liberalizar y privatizar eran los sectores estratégicos relacionados con el control político del país (el sector industrial militar, la banca, los medios de comunicación). En 1997 se manifestaron públicamente las primeras fricciones entre ambos sectores, que hicieron intervenir al propio Hosni Mubarak en un movimiento que parecía destinado a frenar las pretensiones de poder político de los grandes hombres de negocios, al situar por primera vez en la escena pública a su hijo Gamal como portavoz del Consejo Presidencial Egipto-Norteamericano, un órgano consultivo que reunía a los principales hombres de negocios de ambos países (Barreda, 2000: 65-67). El papel de supervisión de las actividades políticas de las elites del sector privado que en principio parecía asignado a Gamal Mubarak se transformaría en los años siguientes, a medida que avanzó en su carrera política, primero en el de mediador entre las elites burocráticas y las económicas, y finalmente en el de valedor y "protector" de estas.

En 2002, se creó en el partido gobernante (PND) un nuevo órgano, el Secretariado de Políticas, que iba a asumir grandes poderes, entre ellos seleccionar los candidatos del partido en las elecciones legislativas y locales, y diseñar las políticas que debía seguir el gobierno. Al mismo tiempo, se anunció que se iba a producir una reforma política y económica de gran calado. A la cabeza del Secretariado de Políticas se situó a Gamal Mubarak, y a su lado, dominándolo, a algunos de los principales empresarios del país. La reforma del partido no pretendía tan sólo acompañarse en las altas esferas con los cambios socioeconómicos del país, sino también fortalecer el control centralizado del partido sobre su aparato a nivel estatal y local, pues, dadas las peculiaridades del sistema electoral egipcio, y la naturaleza de los procedimientos de movilización en su favor con los que había contado el régimen, a lo largo de la década anterior se había producido un fenómeno que amenazaba la capacidad del aparato central de controlar totalmente el acceso a las cámaras de representación, y por ende a las decisiones de esta (Barreda, 2009). Centrado en reprimir y controlar las

corrientes de oposición, ideológicas y organizadas, el régimen había permitido desde 1990 que por la vía de las candidaturas independientes accedieran al parlamento no sólo un pequeño número de candidatos realmente independientes, sino también numerosos miembros del partido que no habían sido seleccionados por él como candidatos. A fin de cuentas, casi todos ellos pasaban posteriormente a formar parte de su grupo parlamentario, dando a este una representatividad más auténtica. No obstante, esta deriva adquirió tintes peligrosos cuando, en 2000 los "disidentes electorales" del PND "ganaron" a los candidatos oficiales por 181 a 172 escaños⁴.

LA ECLOSIÓN DE UNA OPOSICIÓN TRANSVERSAL Y LA CRISIS POR LA SUCESIÓN EN EL RÉGIMEN

Una serie de factores se conjugaron tras el cambio de siglo para dar pie en pocos años a un escenario político radicalmente distinto. La quiebra del llamado "proceso de paz" en Palestina, el estallido de la *segunda intifada* (2000-2002), y la campaña para la invasión de Iraq (2003) volvieron a situar en el orden del día de los asuntos internos egipcios las cuestiones árabes, haciendo resurgir el extenso rechazo (común a la izquierda, al islamismo y a muchos otros) a la política exterior del régimen egipcio, considerada demasiado condescendiente con los intereses estratégicos estadounidenses e israelíes (Azaola, 2008: 144-160). Esta condescendencia comenzó a ser vista como connivencia cuando Egipto firmó sus primeros acuerdos industriales (2004) y de suministro de gas (2005) con Israel, acuerdos que fueron aprobados por el primer gabinete llamado "de los hombres de negocios", formado por Ahmad Nazif en 2004, que incluía a varios de ellos, casi todos próximos de Gamal Mubarak. Los insistentes rumores de que el presidente, que en 2003 cumplió 75 años, buscaba "legar" la presidencia de la República a su hijo no dejaban de encontrar indicios de verosimilitud en su ascendencia política, suscitando un amplio rechazo dentro y fuera del régimen, que se unía al creciente malestar, así mismo en ambas esferas aunque por distintas razones, por los efectos de la liberalización económica.

⁴ En las elecciones de 2000 obtuvieron también escaños 35 independientes no del PND que también se sumaron a su grupo parlamentario, manteniendo este su habitual aplastante mayoría (87%), y concediendo tan sólo 20 escaños a "auténticos independientes", 17 escaños a los Hermanos Musulmanes, 7 al partido Wafd y 6 al Tagammu (Barreda, 2009).

La movilización en solidaridad con Palestina y en contra de la guerra de Iraq, animadas respectivamente por el Comité Popular de Apoyo a la Intifada y por el Movimiento 20 de marzo, reactivaron la oposición a Mubarak y, sobre todo, los intentos de unión y cooperación entre las fuerzas políticas. En 2003-2004, los principales partidos legales de la oposición, y algunas otras organizaciones, se unieron en lo que finalmente se denominó Comité en Defensa de la Democracia, del que se autoexcluyeron los Hermanos Musulmanes, con el argumento de que no constituían un partido político. Las principales demandas este comité eran que se modificara la constitución para limitar los poderes presidenciales; que se modificara el sistema de elección presidencial según el cual el Parlamento designaba un candidato y los ciudadanos lo ratificaban; que las elecciones fueran realmente libres, y para ello totalmente supervisadas por los jueces (como establecía la Constitución), que se suprimieran los juicios a civiles en tribunales especiales y que dejara de estar vigente la Ley de Excepción (Azaola, 2008).

En septiembre de 2004 nació la *Campaña Popular por el Cambio*, promovida por una decena de asociaciones y otra de partidos políticos, en su mayoría no reconocidos por el régimen, sobre todo socialistas y naseristas, pero también liberales e islamistas (entre ellos los Hermanos Musulmanes). La declaración fundacional de la campaña manifestaba su rechazo al régimen en general, destacando su política exterior, "la corrupción generalizada" y "la degradación del nivel de vida", exigiendo un cambio político radical, con elecciones libres y abiertas; y manifestando que lucharía para impedir tanto la continuidad de Hosni Mubarak como la "sucesión hereditaria" (CSCAweb, 2004). Gran parte de los militantes implicados en el lanzamiento de esta campaña pusieron en marcha pocos meses después el Movimiento Egipcio por el Cambio, que sería más conocido por su grito de guerra, *Kifaya!* (¡Basta!). La diferencia principal respecto a la campaña sería la adscripción individual, y no en nombre de los partidos, al movimiento. *Kifaya!* introdujo tres novedades radicales en el activismo político egipcio: por un lado, promovió la celebración de manifestaciones y concentraciones en las calles; por otro, osó cuestionar explícitamente en ellas el poder de Mubarak; y, finalmente, fue el primer movimiento en el que trabajaron codo con codo militantes naseristas y socialistas con islamistas, hecho facilitado porque sus promotores eran viejos amigos o conocidos de las luchas sindicales y estudiantiles de los 70 (Azaola, 2008: 192-193), posteriormente separados políticamente por la evolución ideológica de algunos de ellos hacia el islamismo.

Sorprendentemente, las manifestaciones de *Kifaya!* fueron en gran medida toleradas hasta 2006: rara vez atrayendo a 1.000 manifestantes, eran acompañadas, y a menudo literalmente rodeadas, por números superiores de las

fuerzas de seguridad, rara vez derivaban en detenciones de los activistas. A pesar del escaso número de participantes en las manifestaciones, *Kifaya!* atrajo a decenas de miles de adherentes en 24 provincias de Egipto, y su ejemplo cundió, dando pie a plataformas sectoriales: *Jóvenes por el Cambio, Jueces por el Cambio, Profesores por el Cambio, Médicos por el Cambio, Artistas por el Cambio, etc.*

La tolerancia del régimen hacia *Kifaya!* respondía, con toda probabilidad, a la voluntad de algunos sectores de aquel de responder a las presiones externas e internas. En el ámbito internacional, tras la invasión de Iraq, y con la *intifada* palestina controlada, la Administración norteamericana aireó sus planes de reforma política y económica para lo que denominó el "Gran Oriente Medio", y los regímenes árabes se sintieron obligados a dar algún tipo de respuesta aperturista. Los signos de apertura, tras los cuales se daba a entender que se encontraban Gamal Mubarak y las nuevas elites del partido, también pretendían crear un ambiente político favorable para ambos en los planes de sustitución de las antiguas elites. Dando un paso más en este sentido, Hosni Mubarak sorprendió al país en febrero de 2005 al solicitar una reforma constitucional, que sería acometida en mayo, para que, principalmente, la elección presidencial que debía celebrarse en septiembre fuera directa y entre varios candidatos. La nueva legislación seguía haciendo imposible que ningún candidato pudiera desafiar al del régimen en 2005, pero teóricamente abría las puertas a ello en el futuro⁵. Finalmente, el candidato del PND en 2005 fue Hosni Mubarak, y sus principales adversarios apenas pudieron hacerle sombra⁶. Una sorpresa del proceso electoral,

⁵ Anteriormente, el Parlamento proponía un único candidato, que debía ser ratificado en plebiscito. La reforma permitía que se presentaran los candidatos que reunieran las condiciones de, o pertenecer a un partido, o, en el caso de ser independientes, lograr el aval de 65 miembros del Parlamento, 25 de la Asamblea Consultiva, 10 miembros de los Consejos Locales de al menos 14 provincias. Es decir, algo inaccesible para los Hermanos Musulmanes, el mayor adversario del régimen. Además, se había creado una nueva Comisión Electoral Presidencial de la que formaban parte, junto a cinco jueces de altos tribunales, cinco miembros elegidas por el Parlamento y la Asamblea Consultiva.

⁶ Los principales adversarios de Mubarak fueron el presidente del Wafd, Nuaman Gumaa, y Ayman Nur, ex-miembro del Wafd y presidente de un partido de reciente autorización, *Al-Gad*. Mubarak obtuvo el 88,6% de los votos y Nur el 9%, y la comisión electoral reconoció por primera vez un porcentaje de participación muy bajo (23%). Nur había comenzado a ser hostigado con una causa judicial a principios de año, acusado de haber falsificado los avales para constituir su partido. En diciembre de 2005 fue condenado a 5 años de prisión.

relativa, dada la conocida ambivalencia de los Hermanos Musulmanes, fue que estos llamaron a votar, sin más, en las elecciones, y no a votar contra Hosni Mubarak (a otro candidato) ni al boicot, las dos opciones más dañinas para el régimen y las que les pedía el resto de la oposición. Es más, el Guía Supremo de la hermandad, entre otros de sus dirigentes, dio implícitamente un apoyo a Mubarak, al recordar el viejo principio político del islam ortodoxo de que los musulmanes debían obedecer a sus gobernantes. Esta posición ambigua hizo que en los medios políticos se especulara con la existencia de un pacto secreto con el régimen, cuya contrapartida se manifestaría en las elecciones legislativas meses después (El-Shobaky, 2005: 246-248).

APERTURA Y CIERRE EN LAS LEGISLATIVAS DE 2005. EL FIN DE LA ESCISIÓN EN EL RÉGIMEN

Pero la auténtica sorpresa del agitado año político de 2005 la constituyó el desarrollo de las elecciones legislativas, celebradas en noviembre y diciembre. El conjunto del proceso fue complejo, y sería largo de explicar con detalle (Barreda, 2005; 2006), pero destacaremos sus claves principales.

Las elecciones fueron inusitadamente limpias en el primer tercio del país; en el segundo, el gobierno intentó controlarlas violentamente con algunos de sus recursos habituales, sin conseguirlo plenamente, y en la tercera acabó imponiendo a sus candidatos mediante el recurso a la policía (hubo 20 muertos, 700 heridos y 2000 detenidos). El resultado fue que los Hermanos Musulmanes obtuvieron 88 escaños (el 19,8%), la oposición partidista legal 10, otros partidos no legales 3, y los auténticos independientes, 20. Los candidatos oficiales del gobernante PND obtuvieron 145 escaños (32,6%) y los disidentes electorales del PND, 166.

Las causas de la limpieza inicial de las elecciones fueron que el Tribunal Constitucional había fallado en 2000 que las elecciones debían ser controladas por los jueces en todas sus fases, y que en principio el régimen respetó dicho fallo. La razón por la que este empezó a intentar controlarlas en la segunda fase - mediante matones que aterrorizaran a los electores adversos-, fue que vio que los resultados le eran demasiado desfavorables, y no lo consiguió porque los electores y los jueces se enfrentaron a los matones, lo que le hizo recurrir a la policía en la tercera fase para que seleccionara, literalmente, a los electores.

Con las elecciones de 2005, el régimen egipcio, o más bien una parte de él, pretendió hacerse un lavado de cara "democrático" ante el exterior y el interior y/o mostrar cual sería el resultado de unas elecciones totalmente limpias (la victoria de los Hermanos Musulmanes). Creía que podía controlar el resultado global de las elecciones porque los Hermanos Musulmanes sólo presentaban a 120 candidatos para un total de 448, algo que con toda probabilidad estos habían pactado con las autoridades -y que podría explicar su actitud en las elecciones presidenciales previas, y el hecho inusitado de que no fuera detenido ni un solo candidato suyo antes de los comicios. Pero la *nueva guardia* del régimen no contaba con que algunos sectores de la *vieja*, opuesta a Gamal Mubarak y sus aliados del sector privado, se aliarían con los Hermanos Musulmanes para que sus propios candidatos se impusieran a los oficiales del partido gobernante, como denunció Hossam Badrawi, un destacado dirigente de estos (Shehab, 2005). Si el régimen arruinó su cuidadosa puesta en escena "democrática", a pesar de que hubiera podido contar con la mayoría absoluta una vez incorporados a su grupo parlamentario los disidentes electorales, fue porque con 65 escaños -que finalmente consiguieron- los Hermanos Musulmanes podían presentar a su propio candidato a la presidencia de la República, y porque, el régimen, sin reunir dos tercios de escaños totalmente fieles (lo que logró), no contaría con la mayoría cualificada para adoptar ciertas medidas importantes en el parlamento, como renovar la Ley de Excepción o modificar la Constitución.

La reacción de Hosni Mubarak ante la bofetada de las elecciones legislativas fue furibunda: por un lado, contra la *vieja guardia* del régimen; por otro, contra sus opositores y la apertura en el sistema político. En febrero de 2006, la mayor parte de los representantes de la *vieja guardia* fueron excluidos de la Secretaría General del PND. A la cabeza de aquella, sí, permanecía Safwat El-Sherif, durante cerca de 20 años ministro de Información, pero junto a él el presidente nombró por primera vez tres vicesecretarios generales, dos de ellos de la *vieja guardia* pero muy próximos a Hosni Mubarak (uno, Zakariyya Azmi, el jefe de su gabinete), y el tercero, su propio hijo Gamal.

Las elecciones a los Consejos Locales, que debían celebrarse en 2006, fueron aplazadas dos años con el objetivo de prevenir que en ese plazo los Hermanos Musulmanes pudieran conseguir los 14 escaños en 10 provincias que les permitirían presentar un candidato presidencial. Las cuentas bancarias de la entidad fueron congeladas, y más de 1000 de sus militantes detenidos, y juzgados por tribunales militares. Se iniciaron procesos judiciales contra periodistas críticos, y los jueces que encabezaron la rebelión contra el fraude electoral fueron represaliados. En marzo de 2007 fueron enmendados 34

artículos de la Constitución, entre ellos el que imponía la supervisión por los jueces del conjunto del proceso electoral, limitada ahora a las juntas electorales centrales.

EL AVANCE DE LA LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA Y LA CRISIS ECONÓMICA DE LA MAYORÍA

En los años previos a las elecciones de 2005, la liberalización de la economía no se había detenido, y pesaba sobre las condiciones de vida de la mayoría. En 2003 la libra egipcia abandonó el cambio de tipo fijo, lo que le llevó a devaluarse frente al dólar en un 15%, que se unía al 25% que había conocido desde 2000 tras varias devaluaciones: los precios subieron entre un 10 y un 40%, y el gobierno redujo las subvenciones a los productos de primera necesidad (Azaola, 2008). También en 2003 fue finalmente aprobado el Código Unificado del Trabajo, que acabó con los contratos indefinidos de la época naserista para los trabajadores, e introdujo los contratos temporales y por obra y facilidades para el despido.

En junio de 2004 fueron nombrados Ahmad Nazif y su primer "gobierno de hombres de negocios". Nazif incrementaría el ritmo de privatización de la industria estatal hasta completarla al 90%, comenzaría la del sector bancario, y se orientaría a una política de promoción de las exportaciones, aplicando el Acuerdo de Asociación firmado con la Unión Europea en 2001 y acuerdos regionales similares. En 2006, tras las elecciones, el gobierno fue reestructurado, y pasó a contar con cuatro hombres de negocios más.

Según los datos oficiales, el PIB creció a una media del 7% en 2006-2008, y la deuda pública se redujo en un tercio entre 2004 y 2009, hasta situarse en un 76% del PIB (Rodenbeck, 2010: 7). Sin embargo, los ingresos medios nominales de los asalariados se estancaron entre 1988 y 2006, y teniendo en cuenta la inflación, descendieron un 7% en términos reales, mientras que las pensiones lo hacían en un 22% por ciento entre 2004 y 2008 (Clement, 2011: 610-611). A ello se añadió el incremento de las franquicias pagadas por los servicios educativos y de salud, el de otros cuya distribución controlaba al estado (pan, gas, electricidad, agua y transporte), y, en 2008, el fuerte alza de los precios de los alimentos en los mercados internacionales. En ese año, la inflación llegó al 20, y en enero de 2010 se situaba aún en el 13.9% (ICEX, 2010).

La distribución de la riqueza era manifiestamente desigual. La participación de los salarios en el valor añadido había descendido del 40 al 25% entre 1975 y 1995, para aumentar únicamente hasta el 30% en 2007, mientras que entre 1995

y 2007 la parte de los beneficios en él pasaba del 37 al 40% (Clement, 2011: 611). En 2007, según el PNUD el 48% de la población vivía por debajo del umbral de la pobreza, y según el Banco Mundial un 3,9% vivía con menos de un dólar al día (Pommier, 2008: 202), mientras que en 2005 un 10% disfrutaba del 27.6% de la producción de riqueza del país (Rodenbeck, 2010). A pesar de esta situación, la distribución de la presión fiscal era no menos desigual: entre 2002 y 2009 Egipto incrementó en un 330% su recaudación fiscal. Sin embargo, un 60% del montante de los impuestos era pagados por los ciudadanos particulares a través de 29 tipos de impuestos, y de ellos un 29% lo soportan los asalariados y funcionarios, mientras que las empresas aportaban el 13,2% del total. Oficialmente, el tipo único del Impuesto de Sociedades era del 20%, con la excepción de las empresas petroleras, que eran gravadas al 40%, mientras que el tipo mínimo del IRPF era del 10%, a partir de 5.000 libras egipcias anuales (917\$), y el máximo, a partir de 40.000 libras (7.340\$), sólo del 20% (ICEX 2010).

LA EXPLOSIÓN DE LAS REIVINDICACIONES ECONÓMICAS Y LABORALES

El deterioro general de las condiciones de vida de la mayoría de los egipcios se tradujo desde finales del siglo XX en un gran aumento de las protestas laborales. La media anual de dichas protestas, que había sido de 27 entre 1988 y 1993, pasó a 118 entre 1998 y 2003, y dio un nuevo salto exponencial en 2004, cuando se produjeron 265, el 70% de ellas después que se formara el primer "gobierno de hombres de negocios" de Nazif (Beinin, 2008). El ritmo de multiplicación de las protestas se incrementó hasta situarse entre 3.400 y 4.000 en el conjunto del periodo 1998-2010, implicándose en ellas entre 2.5 y 4 millones de trabajadores (Beinin, 2012: 3-5).

Las huelgas estuvieron prohibidas en Egipto durante las dos primeras décadas del mandato de Mubarak, en virtud de la Ley de Excepción. El régimen temía en particular el potencial de movilización que encerraban las grandes empresas del Estado, que empleaban a decenas de miles de trabajadores cada una, y se concentraban en el Delta del Nilo (Mahal.la al-Kubra, Kafr al-Dawwar), en Alejandría, y en los alrededores de El Cairo. Desde 1957, la Federación Egipcia de Sindicatos (FEG) era, dentro del modelo corporativista y vertical del naserismo, la única organización sindical egipcia, si se excluyen los colegios profesionales. A principios del siglo XXI contaba con 3.8 millones de afiliados de un total de 27 millones trabajadores, la mayoría del sector público. Su presidente era el Ministro de las Fuerzas Trabajadoras, y los conflictos se solucionaban por mediación de representantes sindicales casi siempre cooptados por los sucesivos

regímenes. Desde la aprobación del Código Unificado del Trabajo en 2003, el derecho a la huelga quedado reconocido sobre el papel, pero condicionado a que la convocatoria contara con la aprobación de la FEG, que no se produciría en ningún caso (Beinin, 2012).

Aunque en diversos momentos de los ochenta y de los noventa, se produjeron huelgas de importancia en el sector público textil (Mahalla al-Kubra y Kafr al-Dawwar), en el del metal (Helwán) y en el de los ferrocarriles, fueron resueltas con la represión policial, que en ocasiones causó víctimas mortales, pero también con concesiones del gobierno a las reivindicaciones de los trabajadores. A principios del siglo XXI, a pesar del goteo creciente de protestas, no se produjeron acciones colectivas en las grandes empresas, ni en las públicas ni en las privatizadas, hasta que la huelga en la empresa pública Egipto de Hilado y Tejido, de Mahalla al Kubra cambió el signo de las protestas laborales egipcias.

Egipto de Hilado y Tejido era una de las pocas empresas públicas que quedaban, lo que se debía, sin duda alguna, al número de sus trabajadores, 27.000, que hacían de esta ciudad un feudo de la clase obrera, rodeado además de otras ciudades del mismo perfil socio-económico y sectorial. Sus trabajadores, aunque relativamente privilegiados frente a los del sector privado, gracias a la duración de por vida de sus contratos y otros beneficios, se levantaron en diciembre de 2006, ante el aumento del coste de la vida, para exigir complementos salariales que la ley les reconocía y no se les pagaban. El gobierno acabó cediendo a gran parte de sus reivindicaciones sin recurrir a la violencia. Tras la conclusión de la protesta, 12.000 trabajadores firmaron una carta dirigida a la FEG en la que exigían que el Comité de Empresa cliente de la dirección de la FEG, dimitiera. En caso contrario, los trabajadores cancelarían su afiliación al sindicato. Ante la negativa obtenida, a principios de marzo 6.000 trabajadores se habían dado de baja en el sindicato (Beinin y Al-Hamalawy, 2007).

La "transigencia" del régimen en un momento de debilidad política, confrontado a la determinación de los trabajadores en Mahalla al-Kubra, iba a resultar fatal. En los tres meses siguientes, 30.000 trabajadores de otras empresas textiles del Delta del Nilo reclamaron un trato semejante a los de Mahalla al-Kubra, y algunos de ellos adoptaron la misma iniciativa respecto a sus comités de empresa. A lo largo de 2007, las protestas se extendieron más allá del sector textil, afectando al de la producción de materiales de construcción, al de los transportes, al metro de El Cairo, al sector sanitario, al sector petrolero, a la administración pública y muchos otros. El protagonismo de los trabajadores del

sector privado en estas acciones, que en 2004 era sólo del 25%, se incrementó notablemente (Beinin, 2008).

La huelga de los recolectores de impuestos dependientes de las administraciones locales (2007), que pedían la equiparación de sus condiciones laborales con las de los empleados directamente por el Ministerio de Hacienda, fue otro hito de la lucha por los derechos laborales. Fue secundada por 55.000 trabajadores, que tras varios meses de manifestaciones vieron satisfechas sus demandas y, lo que es más importante, constituyeron el primer sindicato independiente de la época de Mubarak, que lograron que fuera autorizado (Beinin, 2008).

LA CONJUNCIÓN DE LOS OBREROS INDUSTRIALES Y LAS CLASES MEDIAS

La cooperación política con los obreros había sido una aspiración constante de los sectores intelectuales y politizados de las clases medias organizados en partidos u organizaciones políticas naseristas y socialistas, y también, en menor medida, de los Hermanos Musulmanes. En los años 40, los intelectuales de izquierdas habían logrado tener una importante predicación entre un sector de los trabajadores, promoviendo un sindicalismo independiente frente a los esquemas de patronazgo seguidos por el Wafd y los Hermanos Musulmanes y el resto de los partidos conservadores (Beinin y Lockman, 1987). Sin embargo, el régimen naserista, que al igual que estos rechazaba la lucha de clases, acabó con las querencias marxistas entre los trabajadores por las malas y por las buenas, reprimiendo y luego mimando y atrayendo a su planteamiento corporativista a los trabajadores.

Los regímenes de Sadat y Mubarak reprimieron el vigoroso activismo "de calle" de la izquierda en los 70, y consiguieron que los esfuerzos de aquella por tejer alianzas con los trabajadores, tuvieran escasos resultados hasta mediados de la primera década del 2000, a pesar de la existencia desde principios de los 90, de diversas organizaciones como el Centro de Servicios Sindicales y para los Trabajadores (cerrado por el gobierno en 2007) o la Comisión Coordinadora por los Derechos Sindicales y Laborales. Los trabajadores desconfiaban de los partidos políticos autorizados y de los movimientos políticos en general, resultando impermeables en particular al activismo de los Hermanos Musulmanes, que contaban entre ellos con muchos grandes y pequeños empresarios (Longuenesse y Monciaud, 2011: 378-381).

Desde 2007, sin embargo, los trabajadores de Mahalla al-Kubra desempeñaron, una vez más, un papel clave en romper los viejos esquemas. En noviembre,

organizaron encuentros con trabajadores de todos los sectores con vistas a organizar un sindicato independiente. A finales de marzo de 2008, participaron en el Sexto Foro Social de El Cairo, un evento organizado por la novedosa colaboración de trotskistas, naseristas y hermanos musulmanes. Para poco después, el 6 de abril, se anunciaba la convocatoria de una huelga general, la primera desde los años 40, que debía ser iniciada en Mahalla al-Kubra (Beinin, 2008). El principal medio de difusión masiva de la convocatoria sería una página de *Facebook* que contaba con 70.000 seguidores jóvenes, que desde entonces se denominarían *Movimiento de los Jóvenes del 6 de abril*.

Ante la evidencia del ambiente favorable a la huelga que se había creado, el gobierno reaccionó amenazando en todos sus medios a quienes quebrantaran el orden público, y anunciando un gran despliegue policial para el 6 de abril. La huelga fue un éxito, pues las calles y los centros de trabajo amanecieron ese día inusualmente despoblados, probablemente más por miedo a los disturbios anunciados por el gobierno que porque el llamamiento hubiera calado en la mayoría de la sociedad egipcia.

LA IRRUPCIÓN DE "LOS JÓVENES" EN LA ESCENA POLÍTICA Y LA RUPTURA DE LAS BARRERAS IDEOLÓGICAS

La difusión de la convocatoria de la huelga general del 6 de abril de 2008 por *Facebook* situó a la juventud egipcia en la escena pública egipcia como actor político organizado. No obstante, no cabe atribuir virtudes taumáticas -como tantos han hecho- al mero uso de dichas redes y tecnologías en el camino que llevó al levantamiento de 2011. El conocido bloguero y militante socialista Hossam Hamalawy, lo dejaría claro en una entrevista concedida durante la revolución: *"No utilizamos Internet para organizarnos. Lo utilizamos para dar a conocer lo que estamos haciendo sobre el terreno"* (LeVine, 2011).

El uso masivo de las nuevas tecnologías, y en particular de Internet, supuso, efectivamente, una ruptura en el control de la información y la comunicación (Barreda, 2004). En 2007 había en Egipto 57 medios de prensa privados, que se sumaban a la prensa de partidos y que contaban, como hemos dicho, de una considerable libertad de expresión (Klauss, 2011). Desde 1996, los egipcios podían conocer en la cadena *Al-Jazeera*, noticias, imágenes, debates y opiniones, de y sobre el mundo árabe, incluido Egipto, que nunca antes habrían imaginado poder presenciar en la televisión, y a dicha cadena, para competir con ella y contrarrestarla, se sumaron muchas otras árabes y, finalmente, en 2009, la primera televisión privada egipcia, ONTV (Guaaybess, 2011). Pero la apertura

del diafragma de las cámaras y de los periódicos no había modificado sustancialmente el objetivo y el enfoque de dichos medios: el escenario político egipcio era esencialmente gerontocrático, algo atribuible a los personajes que lo dominaban, pero también a los medios de comunicación. Las figuras políticas requeridas en los medios eran "las de siempre": figuras históricas, a menudo de avanzada edad y nunca jóvenes, que representaban a las corrientes políticas formal o informalmente "institucionalizadas".

Desde mediados de la primera década del siglo XXI, sin embargo, a la expansión exponencial del uso de Internet y de la creación de *blogs* [Guaaybess 2011], le acompañó la proliferación en estos del activismo político y el "periodismo ciudadano". Las acciones de *Kifaya!* en 2004 fueron de las primeras en ser anunciadas y cubiertas por los blogueros. Poco después, en febrero de 2005, apareció el blog de Wael Abbás, uno de los pioneros y más conocidos, que llevaba la ilustradora denominación de *La conciencia egipcia*. A las fotos y videos de las manifestaciones de *Kifaya!*, se unieron pronto reportajes y noticias sobre acontecimientos políticos y sociales. En mayo de 2005, fueron difundidas en la Red imágenes de la policía maltratando y agrediendo sexualmente a una periodista, tras una manifestación de *Kifaya!* En 2006 lo fue un vídeo en el que dos agentes de policía torturaban a un conductor de autobús. La prensa de la oposición reprodujo estas imágenes, y los agentes -algo excepcional- fueron detenidos. Desde la detención de Karim Amer en noviembre de 2006, el régimen egipcio recurrió cada vez más al hostigamiento de blogueros y periodistas para intentar frenar la oleada de contestación política que el nuevo cierre político decretado poco antes no había hecho más que incrementar (Klaus, 2011).

La blogosfera y las redes sociales sacaron a la luz pública dinámicas que venían gestándose en los años anteriores, empujadas por un actor político largo tiempo relegado: la juventud. Pero "la juventud", en Egipto, es un concepto que abarca a las personas entre 15 y 40 años, como señalaba Boutaleb (2011) guiándose por los discursos y los programas de los políticos egipcios, y en 2006 tan sólo la franja de 15 a 29 años constituía el 32% de la población (frente al 27% en 1988), el 48,9% de los cuales se encontraban en paro, constituyendo el 83% de todos los parados (Amer, 2011: 750-755), mientras que el 86% de estos eran titulares de un diploma secundario técnico, postsecundario o universitario (Amer, 2011: 756).

Pero la juventud constituía "una categoría emergente", más aún que por su número y su cualificación, porque "ya no se reconocía en las legitimidades de origen" (Boutaleb, 2011: 731), ni en sus barreras ni en sus fronteras. El activismo en las universidades egipcias nunca se había detenido, pero sí había sido

soterrado por el control policial de los campus, facilitado por las heridas dejadas por los enfrentamientos violentos entre los islamistas y la izquierda en los 70, que habían dejado el movimiento estudiantil dividido por la férrea compartimentación en las posiciones histórico-ideológicas aparentemente irreconciliables (naserismo, socialismo marxista, islamismo) que predominaban en el resto de la sociedad.

Kifaya! desempeñó un papel trascendental en tender puentes entre las posiciones naseristas, socialistas, liberales e islamistas, pero fueron los elementos más jóvenes, atraídos por su carácter rupturista, los que avanzaron más en este sentido. Numerosos testimonios de los jóvenes socialistas, naseristas y liberales de grupos como el *Movimiento 6 de abril*, o del más formalizado e ideologizado de los *Revolucionarios Socialistas*, constataban y celebraban que desde mediados de la primera década del siglo XXI existía un diálogo permanente y fecundo con los jóvenes islamistas, y señalaban que en él incitaban a sus interlocutores a ganar autonomía frente a la jerárquica, extremadamente prudente y pactista dirección de los Hermanos Musulmanes.

Finalmente, hay que decir, frente a las imputaciones de falta de preparación y organización que se han hecho a los movimientos revolucionarios juveniles, que estos dieron sobradas pruebas de ambas antes y durante la revolución. Como ha señalado Colla (2012), la búsqueda de actividades originales y efectivas era una constante rigurosa e incluso científica. A lo largo de asambleas, talleres y reuniones, se buscaban nuevos caminos, se experimentaba con ellos, y se realizaban sistemáticamente sesiones de evaluación. Incluso los eslóganes gritados en las manifestaciones eran minuciosamente estudiados y cribados tras probarlos para que suscitaran el máximo consenso, como sucedió con el propio "el pueblo quiere la caída del régimen", el grito más exitoso en la plaza de Tahrir, junto a "paz, libertad y justicia social", tomado de la revolución tunecina y ligeramente adaptado.

EL ASESINATO DE JALED SAID

Si se ha de buscar una gota que colmó el vaso de la tolerancia -en un sentido casi biológico- hacia el régimen de Mubarak, esa fue el asesinato de Jaled Said⁷. Este muchacho de Alejandría, sin filiación política conocida, "colgó" en *Youtube* un

⁷ En un bello texto escrito el 9 de julio de 2010, y plagado de referencias y comprensión históricas, un vecino de Jaled Said vino poco menos que a pronosticar la caída del régimen a raíz del asesinato del joven (Ali, 2010).

vídeo que recogía una venta de droga por unos agentes de policía. Poco después, el 6 de junio de 2010, fue detenido por dos de ellos y golpeado violentamente en plena calle hasta la muerte. Las fotos de Said con el rostro completamente desfigurado tardaron poco en circular por Internet, y en ocupar un lugar principal en las cabeceras de muchos blogs.

En la difusión de la suerte de Said desempeñaría un papel principal la página de *Facebook* creada, bajo el título de *Todos somos Jaled Said*, por Wael Gonayyem, un ejecutivo de *Google*. La página generaría un nuevo grupo organizado que tendría un papel destacado en la agitación política desde entonces y durante la revolución de 2011. La indescriptible comparación entre el antes y el después del linchamiento de Said removió los estómagos y las conciencias de muchos, fortaleciendo la creciente conciencia de unidad frente al régimen: el carácter no estrictamente político ni de Said ni del conjunto del caso sirvió para que se reconocieran en él todas las capas de la sociedad. El acertado lema creado por Gonayyem anticiparía en 6 meses la expresión de rechazo unánime de quienes habían sufrido en sus carnes o en las de sus próximos las sevicias de la policía durante décadas. A lo largo de julio y agosto, las protestas por la muerte de Said adoptaron una forma nueva para sortear la represión de la policía: marchas silenciosas de hombres, mujeres y niños, en su mayoría de negro, por las *corniches* del mar de Alejandría o del Nilo en El Cairo o en otras ciudades; o paradas a lo largo de las barandillas de dichas *corniches*, en las que largas hileras de personas, igualmente silentes e igualmente en su mayoría de negro (algunas leyendo El Corán), miraban hacia las aguas. No obstante, también se celebraron manifestaciones "tradicionales", como la del 25 de junio de Alejandría, en la que miles de personas, encabezadas por dirigentes de casi todos los partidos y corrientes políticas (como Mohammed Al-Baradei, Ayman Nur, Hamdín al-Sibahi, representantes de el *6 de Abril* y de los Hermanos Musulmanes), aunque no de dirigentes del Wafd o el Tagammu, corearon gritos como *¡Todos somos Jaled Said!*, *¡Abajo el Estado policial!*, *¡Abajo Hosni Mubarak!* o *¡Abajo el régimen!* Las fuerzas de policía copiosamente desplegadas, no osaron intervenir (Essam el-Din, 2010).

La ira de los activistas supo esperar su momento: pasaron las fraudulentas elecciones legislativas de noviembre y diciembre de 2010⁸, y poco después, el 14 de enero, comenzaron las protestas en Túnez, desencadenadas por la auto

⁸ El PND obtuvo 473 escaños, el 91% (10% de disidentes electorales), los partidos de oposición una quincena (principalmente el Wafd, con 6, y el Tagammu, con 5). Los Hermanos Musulmanes obtuvieron un escaño.

inmolación de Mohammed Bouazizi. Egipto tenía de antes su mártir, y ahora tenía el precedente de una revolución árabe triunfante. El 25 de enero, el día nacional de la policía, fue el elegido para desafiar abiertamente al régimen.

3. REVOLUCIÓN Y CAMBIO DE RÉGIMEN (ENERO DE 2011-SEPTIEMBRE DE 2012)

UN LEVANTAMIENTO MASIVO Y TRANSVERSAL

A pesar de que hemos intentado señalar indicios que pudieran apuntar la masificación del rechazo activo al régimen de Mubarak, lo cierto es que nadie pretenderá haber previsto algo parecido a los acontecimientos que tuvieron lugar entre el 25 de enero y el 11 de febrero de 2011. Desde que el 25 de enero salieran a las calles de El Cairo y otras grandes ciudades, como Alejandría y Suez, decenas de miles de manifestantes, hasta que el 1 de febrero el número de estos pasara a ser de varios millones, entre uno y dos de ellos en El Cairo, pasó tan sólo una semana.

La protesta del 25 de enero fue convocada por el *Movimiento 6 de abril*, *Todos somos Jaled Saïd* y otras organizaciones “de jóvenes” como rechazo general a las políticas del régimen, y muy en particular contra los excesos de la policía, la corrupción y el deterioro de las condiciones de vida de la población. La demanda de un incremento sustancial del salario mínimo, una petición generalizada en los años anteriores, satisfecha en muy pequeña medida por el gobierno, presidía las reivindicaciones económicas.

La clave de la jornada del 25 de enero fue que supuso un desafío abierto al régimen, tanto por ser una convocatoria secundada estatalmente, como por el carácter global de la demandas, como por el hecho de que los manifestantes, en particular en El Cairo, en lugar de recluirse ante la policía, resistieron a su violencia. Esta resistencia, televisada minuto a minuto por la cadena *Al-Jazeera*, y el precedente exitoso de la revolución tunecina, permitieron que se produjera el “efecto contagio” a sectores más amplios de la sociedad.

Un relato cronológico de los acontecimientos que se produjeron entre el 25 de enero y el 11 de febrero puede ser conocido a través de los resúmenes cronológicos realizados por numerosos medios de comunicación españoles y extranjeros. No obstante, nos parece oportuno destacar aquí los siguientes aspectos:

1. El levantamiento contra el régimen fue de una extraordinaria amplitud popular y geográfica. Extendido por casi todas las provincias de Egipto, en particular las grandes ciudades, movilizó progresivamente a prácticamente todos los sectores sociales y al conjunto de las organizaciones políticas o sectoriales no explícitamente afectas al régimen, aunque a algunas, como a los Hermanos Musulmanes, y más aún a los principales partidos autorizados, como el Wafd o el Tagammu, se les achacara un cierto retraso en unirse a él. Hay que destacar que cientos de personalidades públicas significaron en intervenciones televisivas apoyando el levantamiento cuando la suerte de este aún no estaba en absoluto asegurada.
2. El ejército desempeñó públicamente un papel calculadamente ambiguo. El 31 de enero, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) anunció que no reprimiría las protestas, que consideraba “legítimas”, tres días después de que la policía se retirara de las calles, dos de que Mubarak nombrara vicepresidente a Omar Soleimán -hasta entonces director de los Servicios Secretos Generales y ex director de los Servicios Secretos Militares-, y uno después de que situara al coronel Ahmad Shafiq como presidente del gobierno. Sin embargo, el destacamento militar instalado en la plaza de Tahrir en El Cairo no hizo nada para impedir los violentos ataques de partidarios y matones a sueldo del régimen que se produjeron en los días 2 y 3 de febrero, e incluso, según los testimonios de numerosos manifestantes, facilitó el acceso a la plaza a los agresores.
3. La actitud de Mubarak y la de su círculo más estrecho de colaboradores fue la característica de todo su mandato para afrontar las dificultades: primero recurrió a la policía, luego recurrió a cambios en la dirección del régimen, situando en ella a militares, y sacrificando a toda la *joven guardia* del sector privado relacionada con Gamal (ministros y ex ministros comenzarían a ser perseguidos judicialmente por corrupción desde los primeros días de febrero) y, finalmente, recurrió a la violencia de las fuerzas de seguridad de paisano y sus matones a sueldo para inducir el terror entre sus opositores y el temor al caos en el conjunto de la sociedad.

DE LA CAÍDA DE MUBARAK A LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE FINALES DE 2011

Tras acceder a los poderes presidenciales, el alto mando militar (CSFA) no controlaba la estructura de poder del *antiguo régimen*, aunque hubiera formado parte de él, ni contaba con la confianza de la oposición a él. Aunque anunció que iba a cumplir "los objetivos de la revolución", su desempeño de la función presidencial pareció orientarse a constituir un nuevo régimen que salvaguardara su posición de actor decisivo y sus intereses, haciendo equilibrios entre la apertura política y el autoritarismo, entre las promesas públicas y los pactos secretos y las maniobras inconfesables, entre el desmantelamiento del régimen de Mubarak y los intentos de conservar los sectores de él que le fueran útiles.

En sus tres primeras semanas de presidencia, el CSFA disolvió el Parlamento y revocó la constitución, continuó promoviendo las detenciones y juicios de altas personalidades del régimen anterior, prohibió viajar a Hosni Mubarak y su familia, y mantuvo contactos con las diversas figuras y responsabilidades políticas, incluida la Coalición de Jóvenes por la Revolución, que agrupaba a diversas organizaciones, entre ellas el 6 de abril y a jóvenes de los Hermanos Musulmanes. La petición de que el CSFA entregara el poder a una presidencia civil de tres miembros, y de que se formara un gobierno de coalición nacional sería desatendida.

Las claves que determinarían el futuro político del país, más allá del apoyo popular con que contara cada grupo o corriente, eran las reformas legales e institucionales, y en torno a ellas se formarían las líneas de división. La primera de estas fue la reforma provisional de la constitución promovida por el CSFA, y sometida a referéndum el 19 de marzo. Aunque limitaba un tanto los poderes presidenciales, los mantenía en gran medida, concediéndole la potestad de reformar la constitución, disolver el Parlamento, y prorrogar la Ley de Excepción de seis en seis meses. Además, el texto dejaba en manos de la comisión electoral especial diseñada por el régimen de Mubarak el control de las elecciones presidenciales. La reforma, rechazada por la mayor parte de la oposición de izquierdas y los sectores liberales, fue, para sorpresa de muchos,

apoyada por los Hermanos Musulmanes y por las diversas corrientes salafíes⁹ que habían salido a la luz y que comenzaban a revelarse como un actor político de primer orden. El argumento principal de estas fuerzas para darle su apoyo era que esta mantenía la *charía* (la tradición de la jurisprudencia islámica) como la fuente principal de legislación, aunque otras fuerzas políticas lo consideraron un indicio de la existencia de un pacto secreto entre militares e islamistas.

La reforma fue aprobada con el apoyo del 77,2% de los votantes, en un proceso en el que participó el 41% de los electores potenciales que en general fue considerado limpio. Poco después, el 30 de marzo, el CSFA emitió unilateralmente una proclamación constitucional que incorporaba los artículos enmendados y añadía otros relativos a la organización de los poderes del estado, incluidos el poder legislativo y su elección. El calendario de grandes reformas políticas establecía que en primer lugar se celebraran elecciones legislativas, en septiembre de 2011; posteriormente, el parlamento elegiría una Asamblea Constituyente y, finalmente, se celebrarían elecciones presidenciales.

Los seis meses que siguieron a la proclamación constitucional estuvieron presididos por el creciente enfrentamiento entre los sectores juveniles que habían promovido las protestas, apoyados por el resto de las fuerzas de izquierdas y liberales, pero no por los grupos islamista, y el CSFA. Los primeros recurrieron frecuentemente a convocar concentraciones en la plaza Tahrir para plantear sus reivindicaciones, entre las que se encontraban que los Mubarak y sus principales subordinados implicados en la represión y en casos de corrupción fueran juzgados; que se resarciera a las víctimas de la revolución; que se disolvieran el Servicio de Seguridad del Estado, el antiguo partido gobernante (el PND) y las asambleas locales; y que fueran reemplazados los responsables de los medios de comunicación estatales y los gobernadores civiles. La mayor parte de estas

⁹ El salafismo -como el islamismo- es un magma ideológico difícil de aprehender sintéticamente en sus ramificaciones tanto ideológicas como organizativas. El salafismo como concepto ideológico refiere a una interpretación del islam con arreglo a su espíritu original, pero da pie interpretaciones muy diversas. Se autodenominan "salafíes" a diversas "escuelas" de pensamiento y diversos movimientos u organizaciones sociales y/o políticos. Algunos se orientan más a la "reforma social" y política, y otros al cambio individual; algunos recurrieron a la violencia en el pasado, otros no lo han hecho nunca (Maged, 2011; El-Anani, 2011). La aceptación tras la revolución por la mayoría de estas corrientes de participar en el juego político, algo que todas ellas -incluidos los Hermanos Musulmanes- habían rechazado en algún momento de su historia, ayudará a discernir la naturaleza y objetivos de cada grupo.

demandas serían total o parcialmente satisfechas con el paso del tiempo. Una causa principal del creciente rechazo al CSFA, y de las críticas a los Hermanos Musulmanes por su actitud conciliatoria frente a él, fue la recurrencia, ya desde marzo, de las detenciones de activistas y su transferencia para ser juzgados ante tribunales militares, que acabarían llevando a prisión a más de 12.000 personas entre marzo y octubre.

En este proceso de confrontación, se produjeron en diversas ocasiones graves enfrentamientos en los que el ejército adoptó una actitud abiertamente represiva. De particular gravedad fueron los del 9 de octubre, en los que el ejército reprimió de manera salvaje -con el uso de blindados incluido-, causando 25 muertos y más de 300 heridos, una manifestación en demanda de mayor protección y apoyo a la comunidad copta (10% de la población), que había sufrido agresiones en los meses anteriores por parte de supuestos salafíes. Si bien el ejército atribuyó el origen de dichos enfrentamientos a "fuerzas oscuras" (remanentes de los antiguos servicios secretos o policiales o del antiguo régimen, o "agentes extranjeros"), y pidió disculpas *a posteriori* por su actuación, su conducta parecía responder a un deseo de fomentar el sentimiento de inseguridad y de la confusión en la antesala de las elecciones legislativas, que finalmente se celebrarían en noviembre-diciembre de 2011.

A mediados de agosto, el gobierno filtró un borrador de una nueva proclamación constitucional que establecería una serie de "principios" a los que debería someterse el texto constitucional que redactaría la futura asamblea constituyente, la elección de la cual, según el mismo texto, no quedaría únicamente en manos del Parlamento. Los "principios" se referirían, sobre todo, a "la salvaguarda de los derechos políticos y civiles", y constituirían una barrera de protección frente al previsible hegemonía de las fuerzas islamistas en el Parlamento. El ejército quedaría encargado de protegerlos, asegurándose de paso otras prerrogativas, como el control del presupuesto militar e, implícitamente, su propia inmunidad en el futuro. La filtración era un globo sonda destinado a los sectores políticos no islamistas que, temerosos del triunfo de estos en las elecciones, pedían que la constitución se redactara antes de ellas. A cambio de aceptar esta petición, el CSFA esperaba que se aceptara su papel de supervisor del futuro político del país.

La división entre las fuerzas políticas se escenificó en la gran manifestación de rechazo del 18 de noviembre, diez días antes de las elecciones legislativas, convocada por los islamistas y no secundada por la mayoría de las "seculares", con la notable excepción de los Jóvenes del 6 de abril. El CSFA, en palabras del

conocido activista Naged al-Borei, había sido capaz de *"convencer a los Hermanos Musulmanes de que estaba dispuesto a apoyarlos frente a los ex partidarios de Mubarak y a los otros partidos políticos, convenciendo poco después a los secularistas de que apoyaría el estado secular frente a los islamistas. Así, había conseguido manipular a todas las partes para que dieran su consentimiento a su poder, dejándolas que discutieran entre ellas"* (El-Bahr, 2011). Tras concluir la manifestación, el CSFA pretendió ahondar en la confusión y la división, al enviar tropas a dispersar a unas 200 personas, en su mayoría familiares de las víctimas de la revolución, que reclamaban justicia y habían acampado en Tahrir. Fueron golpeadas y dispersadas y sus tiendas quemadas, lo que motivó que miles de personas acudieran a la plaza y se produjeran enfrentamientos durante varios días entre ella y las calles vecinas, hasta la sede del Ministerio del Interior. El jueves 24 se habían producido 40 muertos y 3.256 heridos. El ejército se había comportado de manera salvaje, arrastrando a mujeres por los pelos y dejando un cadáver junto a los contenedores de basura, y la policía había participado en la represión, quedando para la vergüenza pública la figura del oficial llamado "el francotirador de los ojos", recogido en imágenes de vídeo vanagloriándose del número de víctimas alcanzadas entre ellos con balas de goma. Sin embargo, las maniobras de las "fuerzas oscuras" no tuvieron éxito, pues los Hermanos Musulmanes llamaron a no participar en los enfrentamientos, y exigieron que se celebraran las elecciones legislativas pocos días después.

LA VICTORIA ISLAMISTA EN LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS DE NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2011

A finales de mayo de 2011 había más de 50 partidos legalizados, o en proceso de legalización que pretendían participar en las elecciones, que finalmente se realizarían, en dos fases, el 28 y 29 de noviembre, y el 15 y 16 de diciembre. Dos tercios de los escaños serían atribuidos por la votación de listas cerradas, y un tercio por la votación de candidaturas independientes. Un mes antes de que se abriera el plazo de inscripción de candidaturas, el CSFA decidió enmendar la ley electoral, permitiendo que miembros de los partidos pudieran concurrir como tales también al tercio reservado a las candidaturas independientes. Esta decisión respondía a la demanda de los propios partidos, y en el futuro se revelaría fatal para el Parlamento.

Antes de las elecciones se configuraron diversas alianzas electorales, algunas de las cuales incluían, aparentemente, extraños compañeros: la Coalición Democrática, nucleada en torno al partido de los Hermanos Musulmanes, el Partido de la Libertad y la Justicia (PLJ), incluía también al partido Karama (naserista, liderado por Hamdín al-Sibahi, miembro de *Kifaya!*) y al Gad (liberal); el Bloque Egipto, secularista, promovido por el Partido de los Egipcios Libres, fundado por el millonario Naguib Sawiris, copto liberal, incluía al Tagammu, de izquierdas, y al Partido Social Democrático, socialdemócrata; la Revolución Continúa agrupaba varios partidos y movimientos de izquierdas, algunos marxistas y algunos coptos, junto al partido al-Tiyar, formado por jóvenes de los Hermanos Musulmanes. La cuarta gran formación era la Coalición Islámica, formada por partidos salafíes, siendo Al-Nur el principal de ellos. En solitario concurrían una quincena de partidos de todas las tendencias ideológicas¹⁰.

Las elecciones, que fueron consideradas esencialmente limpias, dieron el resultado de la esperada mayoría relativa del PLJ de los Hermanos Musulmanes (45% de los escaños), el sorprendente éxito de las corrientes salafíes (25%) y la no menos sorprendente debilidad de las fuerzas no islamistas, y en particular del Bloque Egipto (7% de los escaños), que se vio superado por el Wafd (8%). Al-Wasat, partido islamista de centro-izquierda obtuvo el 1.8%, y la Revolución Continúa el 1.6%, y los partidos naseristas, y otros socialdemócratas porcentajes ligeramente inferiores, mientras que los diversos partidos formados por miembros del antiguo régimen reunieron el 4.5% de los escaños (Carnegie Endowment for International Peace, 2012).

Hacer una lectura de los resultados de las elecciones según las categorías políticas tradicionales de derecha-centro-izquierda resulta extremadamente difícil, pues los comicios se vieron en gran medida presididos por las alternativas *antiguo régimen/oposición a él e islamismo/secularismo*. En términos económicos, los Hermanos Musulmanes, el partido Wafd y el Partido de los Egipcios Libres de Sawiris compartían sin ambages el apoyo a la economía de libre mercado, e incluso a la política económica de los últimos años de Mubarak, y sumaban el 60% de los escaños. Sin embargo, al Wafd y al partido de Sawiris se les suponía ser los principales receptores de votos de los coptos, y sus dirigentes habían

¹⁰ Jacopo Carbonari elaboró un excelente mapa en árabe y en inglés de los partidos políticos egipcios ante las elecciones, acompañado de una lista de sus principales dirigentes y algunas notas sobre su orientación. El mapa está estructurado por los vectores religioso/secular y derecha/izquierda, y recoge las alianzas mencionadas y las orientaciones de los partidos (Carbonari, 2011).

mantenido buenas relaciones con el régimen anterior, a muchas de cuyas figuras menores acogieron en sus listas. Los salafíes suponen una gran incógnita, que se desvelará en cuanto se vean obligados a trascender las cuestiones religiosas y morales y enfrentarse a la política en todas sus dimensiones. Sin embargo, hay que señalar que sus votantes, al igual que los de los Hermanos Musulmanes, aspiran a la "justicia social islámica" que les prometen sus líderes. En cuanto a la izquierda, sin duda su representación electoral fue baja, pero sería más importante en las elecciones presidenciales. A medio plazo podría tener un papel más importante del que parecen estar llamadas a desempeñar ahora: las huelgas y protestas laborales, prohibidas por el CSFA en marzo de 2011 pero ininterrumpidas hasta hoy, a las que siempre se han opuesto los Hermanos Musulmanes, son un terreno fértil para la expansión de la confirmada pujanza de las ideas socialistas entre los jóvenes, pujanza que, según Sawiris, propietario del canal de televisión ON TV1, le hizo fundar su partido con el objeto de contrarrestarlas (Bloomberg, 2011).

LA PUGNA POR LA REDACCIÓN DE LA CONSTITUCIÓN Y LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES (JUNIO DE 2012)

Tras la celebración de las elecciones legislativas, y el triunfo de los partidos islamistas en ellas, la pugna entre los actores políticos giró en torno a la redacción de la nueva constitución y las elecciones presidenciales. Aquella debía preceder a estas, pero se vio empantanada por el rechazo de las fuerzas secularistas y otros sectores sociales al dominio de las fuerzas islamistas en la Asamblea Constituyente, y por un fallo del Tribunal Supremo Administrativo avalando esta posición.

La proclamación constitucional del CSFA del 30 de marzo del año anterior establecía que el Parlamento elegiría a los 100 miembros del órgano constituyente, pero no especificaba ningún requisito o procedimiento más al respecto. El partido de los Hermanos Musulmanes (PLJ) y los partidos salafíes hicieron valer el peso de sus diputados para conformar una asamblea en la que las fuerzas de orientación islamista eran mayoritarias, y en la que se incluían 50 diputados. Un quinto de los miembros de esta asamblea, de orientación secularista, anunciaron que se retiraban de ella tras su primera reunión, en protesta por la hegemonía islamista en ella. Al rechazo se unieron, entre otras organizaciones y personalidades, diversas iglesias cristianas, e incluso el jeque de la universidad-mezquita de Al-Azhar, la máxima institución islámica del país, que apoyó el argumento de que la asamblea no representaba al conjunto de la

sociedad. El 10 de abril llegó el fallo judicial que avalaba esta opinión, que las fuerzas islamistas decidieron acatar. Un mes y medio después, el Parlamento eligió a una nueva asamblea. El rechazo de los secularistas se reprodujo, y la composición de la asamblea fue impugnada de nuevo ante los tribunales. Esta pugna política y legal tuvo el efecto deseado por algunos: que se llegara a las elecciones presidenciales sin tener una nueva constitución.

La cita para las elecciones presidenciales era el 23-24 de mayo, para la primera vuelta, y el 16-17 de junio para la segunda. Los candidatos anunciados desde los primeros días de la revolución habían sido numerosos, reduciéndose el número de aquellos con posibilidades a menos de una decena. En la segunda semana de abril, la comisión electoral decidió excluir de la competición electoral a Jayrat el-Shater, candidato principal del PLJ (Hermanos Musulmanes), a Hazem Abu Ismael, candidato de los salaffies, y a Omar Soleimán, el mencionado ex jefe de los servicios secretos y breve vicepresidente bajo el régimen de Mubarak. Los argumentos para la exclusión, apoyados en las leyes establecidas por el CSFA, eran relativamente banales: Shater había estado en prisión (por razones políticas), Ismail tenía la nacionalidad norteamericana, y a Soleimán le faltaban 7 avales de los 30.000 necesarios para presentarse.

Hasta tal punto esperaba alguna maniobra del régimen que el PLJ tenía un candidato presidencial de repuesto, Mohammed Mursi. Junto a él, los principales candidatos eran Abdel Moneim Abu-l-Futuh, un islamista, antiguo "hermano musulmán", considerado relativamente liberal y que atraía a gente de todo el espectro político por haber apoyado la revolución desde sus primeros días; el ex ministro de Mubarak y ex secretario general de la Liga Árabe, Amru Musa, distanciado del régimen; el naserista Hamdín al-Sibahi; y coronel Ahmad Shafiq, último presidente del gobierno con Mubarak, y primero con el CSFA.

Shafiq tenía toda la apariencia de ser el "tapado" del régimen, pero era un hombre gris y relativamente desconocido, mientras que Musa contaba con una gran popularidad entre diversos sectores. Todas las expectativas apuntaban a que uno de los candidatos que pasarían a la segunda ronda sería Mursi y el otro Abu-l-Futuh o Musa. Sin embargo, los resultados iniciales sorprendieron: Mursi obtuvo cerca del 25% de los votos (5,7 millones), Shafiq cerca del 24% (5,5 millones), Sibahi cerca del 22% (4,7 millones), Abu-l-Futuh el 18% (3,9 millones) y Musa el 11% (2,4 millones). Los resultados fueron particularmente llamativos en comparación con los de las legislativas: el apoyo a Shafiq no había tenido un correlato explícito en aquellas en la forma de apoyo a partidos del antiguo régimen; el de Sibahi, naserista miembro de *Kifaya*, tampoco en los

partidos de izquierda o naseristas. No obstante, no es arriesgado deducir que Shafiq atrajo el voto de los partidarios del antiguo régimen, del resto fuerzas conservadoras secularistas y de gran parte de los coptos; mientras que Sibahi consiguió el de la izquierda en general, de liberales y también de coptos. Más sorprendente fue que, si se sumaran los votos de estos dos candidatos a los que obtuvo Musa, dichos votos superarían a los de los candidatos islamistas, y que el partido de Mursi había obtenido por sí solo 10,5 millones de votos en las legislativas, y los partidos salafíes 7,5; es decir, los candidatos islamistas en conjunto obtuvieron casi ocho millones de votos menos en las elecciones presidenciales. Una lectura de estos resultados, habida cuenta de que hubo cinco millones menos de votantes, podría ser que una gran parte de los salafíes no apoyaron a los candidatos islamistas -algo que habían anunciado explícitamente respecto a Abu-l-Futuh- ni a ningún otro, y que, además de eso, los Hermanos Musulmanes habrían sufrido un importante desgaste electoral. Finalmente, no hay que descartar que se produjera un cierto fraude electoral, si bien los candidatos opuestos al CSFA no incidieron en ello.

La opción entre Mursi y Shafiq era para algunos de sus no partidarios una elección entre la consolidación de la apertura democrática o el retorno hacia el antiguo régimen; para otros, se trataba de elegir entre el islamismo o el no islamismo. Se trataba, en cualquier caso, de una disyuntiva no deseada e incierta. Musa y Sibahi no se pronunciaron a favor de ninguno de los candidatos, mientras que Abdel-Futuh lo hizo por Mursi. La mayoría de los partidos políticos rechazaron manifestarse explícitamente como organizaciones, pero muchos dirigentes y personalidades tenidos por izquierdistas, liberales o conservadores secularistas apoyaron a Shafiq, mientras que fuera del campo islamista tan sólo algunos sectores de la izquierda y liberales implicados en la revolución, como el Movimiento 6 de Abril, se decantaron por Mursi.

Las tres semanas que transcurrieron entre ambas vueltas de las elecciones presidenciales fueron tensas, marcadas por lo que pareció ser el último intento del CSFA de conservar el control del país, favorecido por la intervención del Tribunal Constitucional, que dos días antes del comienzo de la segunda vuelta, el 14 de junio, declaró inconstitucional el procedimiento seguido en las elecciones legislativas, argumentando que lo era el haber permitido a los partidos presentar candidatos al tercio de escaños reservado para las candidaturas independientes. El tribunal consideraba que esta tacha de inconstitucionalidad afectaba a todo el Parlamento, y que debía ser disuelto.

El 17 de junio, una vez cerrados los colegios electorales, el CSFA emitió una nueva proclamación constitucional que le atribuía "en su actual composición" -es decir, sin que pudiera ser modificada por el futuro presidente- una serie de prerrogativas, las principales de las cuales eran legislar; decidir acerca de la disolución de la Asamblea Constituyente y nombrar una nueva si aquella no llegaba a un acuerdo en un plazo determinado de tiempo; y vetar el proyecto de constitución.

La demora de la Comisión Electoral en resolver los recursos presentados en diversas circunscripciones no hizo más que alimentar las sospechas de fraude. La suma de las actas de los diversos colegios daba la victoria a Mursi, según los partidarios de este, mientras que los de Shafiq anunciaban el resultado contrario. En los días siguientes a los comicios, los partidarios de Mursi se concentraron en la plaza de Tahrir, exigiendo el reconocimiento de su victoria, mientras el ejército desplegaba sus fuerzas por el país. Algunas figuras no islamistas -naseristas, liberales y de izquierdas-, como el escritor Ala al-Aswany, el fundador de *Todos somos Jaled Said*, Wael Gonayyem, o el jurista liberal Hasan Nafia, se unieron a un frente nucleado por los Hermanos Musulmanes en defensa de la limpieza de los comicios, que para ellos implicaba el reconocimiento de Mursi. Otras muchas defendieron que habría que aceptar la victoria de Shafiq si esta era anunciada por la Comisión Electoral.

Finalmente, el 24 de junio, la Comisión Electoral anunció la victoria de Mursi por 13,2 millones de votos frente a 12,3. Según fuentes judiciales citadas por la cadena Al-Jazeera y otros periódicos egipcios, la decisión de declarar vencedor en las elecciones a Mursi se habría producido a pesar de la fuerte inclinación de tres de los cinco miembros de la comisión electoral, incluido su presidente, a aceptar las impugnaciones masivas presentadas por Shafiq. La oposición de los dos magistrados restantes, las advertencias de los responsables de seguridad acerca de la importancia de los disturbios que podrían ocasionarse, y el temor a que trascendiera el contenido de las deliberaciones de la comisión, habrían empujado a la comisión a declarar finalmente vencedor a Mursi.

ENÉRGICA IMPOSICIÓN DEL NUEVO PRESIDENTE

Las mayoritarias previsiones de que el nuevo presidente se encontraría maniatado o fuertemente condicionado por el CSFA y las disposiciones legislativas y judiciales previas a su elección resultaron equivocadas. Mursi decidió hacer desde el primer momento pleno uso de los poderes que la legislación le atribuía, e incluso de aquellos que le discutía, pero que la tradición

política del país y la legitimidad de las urnas apoyaban. El 8 de julio decretó que se reuniera el Parlamento, anulando el decreto del CSFA que lo disolvía. Ante el rechazo del Tribunal Constitucional y otras fuerzas políticas y expertos legales a esta medida, y tal vez tras un acuerdo con el CSFA, el Parlamento quedaría finalmente disuelto. Sin embargo, tan sólo un mes después, el 12 de agosto, Mursi daría un nuevo paso, más sorprendente y trascendente, al cesar a Mohammed Tantawi, presidente del CSFA y a Sami Anán, jefe del Estado Mayor del ejército, al tiempo que derogaba la proclamación constitucional del 17 de junio, asumiendo los poderes que aquella otorgaba al CSFA, es decir, esencialmente el poder legislativo y el de disolver la Asamblea Constituyente y nombrar una nueva si aquella no concluía sus trabajos en el plazo estipulado. Aunque no está claro si las medidas de Mursi fueron pactadas con el conjunto del alto mando militar, o tan sólo fueron tomadas tras asegurarse la lealtad de los miembros más jóvenes de la cúpula militar, lo cierto es que las disposiciones previas del CSFA y del Tribunal Constitucional habían tenido el efecto final de dejar en manos del presidente electo la mayoría de los poderes legales. Se abría una nueva etapa en la que no estaba asegurada la estabilidad institucional, pero en la que se podía afirmar provisionalmente que se había producido un cambio sustancial de régimen.

4. CONCLUSIÓN

La relativa estabilidad del régimen de Mubarak durante sus dos primeras décadas se debió a su capacidad para integrar contrarios: el mantenimiento de las elites y los fundamentos económicos y sociales del régimen naserista, de gran legitimidad histórica, y su lenta transformación y sustitución; la autocracia y la represión, y la tolerancia; la expresión y la participación política de las elites sociales mediante la opinión, y el cierre de las vías de acceso a la movilización política masiva y a la competición y la alternancia en el poder.

Divididas entre quienes se contentaban con la existencia de unos pocos partidos y medios de expresión inoperantes a efectos movilizadores, y quienes buscaban incesantemente otras vías de participación política, las clases medias educadas, con la excepción de las corrientes islamistas, no eran capaces, o no mostraban suficiente interés, en romper las barreras que les separaban del mayoritario sector de la población, escasamente educado y empobrecido, que históricamente sólo había desafiado el veto a su participación política mediante explosiones emotivas, masivas y arrolladoras, ante lo que consideraban agresiones a su subsistencia material o a su integridad moral. La agitada historia del Egipto

contemporáneo había sido pródiga en estas explosiones, que eran esperadas o temidas por distintos sectores de las clases medias. Dicha historia también había generado fracturas sociales en torno a las ideologías que se habían opuesto en el pasado y que parecían irreconciliables. El fantasma del éxito de un islamismo político autoritario, e incluso totalitario, fue siempre agitado por el poder, que contó con la inestimable ayuda en ello de las actividades armadas de una parte de aquel a lo largo de los 90. Poco después del fin de aquellas, a comienzos del siglo XXI, los efectos de la liberalización y las crisis económicas sobre las condiciones económicas de la mayoría provocaron la efervescencia de las reivindicaciones laborales y, por primera vez, una movilización parapolítica masiva; al mismo tiempo que una nueva generación de jóvenes educados, espoleados por el paro y por el acceso virtual directo al mundo exterior y a nuevas formas de comunicación y movilización, rompía con las barreras psicológicas e ideológicas de sus mayores, promoviendo al cabo de pocos años un levantamiento masivo y transversal a la sociedad, que en última instancia se benefició de la fractura generada en el régimen de Mubarak por la reestructuración de sus elites asociada a la liberalización económica. Si es aventurado decir que en Egipto se haya producido una revolución política, tal vez no lo sea insinuar que, como afirman Pagès-El Karoui y Vignal (2011), haya podido producirse, o esté produciéndose, una revolución antropológica enraizada en la juventud.

Tras la caída de Mubarak, el alto mando militar, que la había facilitado, intentó garantizarse la última palabra sobre el nuevo régimen a venir, sin conseguirlo. La victoria de las corrientes islamistas en las elecciones legislativas y presidenciales abrió una nueva etapa en un proceso político que aún dista de haberse estabilizado.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ABDEL FATTAH, N., BEN NEFISSA, S., MILANI K.S. y HANAFI, S. (2004): *Al-Munazammat al-ahliyya al-arabiyya wa-l-mahkumiyya*, El Cairo, Centro de Estudios Políticos y Estratégicos de Al-Ahram.
- ABU RIDA, M., AID M.B. Y QASEM, H. (2001): "Al-tarkiba al-siyasiyya wa-l-iytima`iyya li-l- maylis", en H. MOUSTAPHA (comp.): *Intijabat maylis al-sha`ab 2000*, Centro de Estudios Políticos y Estratégicos de Al-Ahram, El Cairo, pp. 305-341
- AL-MUSAWWAR (1982): "Entrevista con Omar al-Tilmissani", en R.W. Baker (1990): *Sadat and After*, I.B. Tauris & Co. Ltd., Londres.

- ALI, A. (2010): "Egypt's collision course with history", On Line Opinion, 9 de julio de 2010. Consulta de 16 de julio de 2012 (<http://www.onlineopinion.com.au/view.asp?article=10663&page=0>).
- AL-JAZEERA (2012): "Muhammad Mursi ra'isan li-misr", Al-Jazeera, 24 de junio de 2012. Consulta de 25 de junio de 2012 (<http://www.aljazeera.net/news/pages/4b9296ad-a438-4507-93c3-031b285bbce0>).
- AMER, M. (2011): "Les transitions incertaines de l'école à l'emploi" en Battesti e Ireton (2011): *L'Égypte au Présent. Inventaire d'une société avant révolution*, París, Sindbad-Actes Sud.
- AYUBI, N.N. (1981): "Tatawwur al-nizam al-siyasi wa-l-idari fi misr (1952-1977)", en S.E. IBRAHIM (1981): *Misr fi rub' qarn (1952-1977)*, Beirut, Instituto para el Desarrollo Árabe.
- AYUBI, N. N. (1991): *The State and Public Policies in Egypt since Sadat*, Reading, Ithaca Press.
- AZAOLA, B. (2008): *Historia del Egipto Contemporáneo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- BARAT N. (2004): "Al-Haymana wa-l-haymana al-mudadda fi misr: al-munazammat gayr al-hukumiyya al-difa'iyya wa-l-muytamaa al-madani wa-l-dawla" en N. ABDEL FATTAH, S. BEN NEFISSA, K. S. MILANI Y S. HANAFI (2004): *NGOs and Governance in the Arab World*, El Cairo, American Univeristy in Cairo Press.
- BARREDA, J. (1995): "La democracia al servicio de la autocracia", *Nación Árabe*, 27, Madrid, pp. 7-13.
- BARREDA, J. (1996): "La anatematización de Abu Zeyd. ¿Estado del islamismo egipcio o islamismo del Estado Egipcio?", *El Viejo Topo*, 92, pp. 45-52.
- BARREDA, J. (2000): "La 'democracia de Mubarak: una eterna transición hacia la transición", *Nación Árabe*, 41, Madrid, pp. 49-69.
- BARREDA, J. (2004): "Egipto: la prensa y la calle. Libertad de expresión sin libertad de comunicación", *Nación Árabe*, 52, Madrid, pp. 73-84.
- BARREDA, J. (2005): "Les elecciones legislativas de 2005 a Egipte", *DCIDOB*, 97, Barcelona, pp. 8-12.
- BARREDA, J. (2006): "La escisión del régimen de Hosni Mubarak", *Hesperia Culturas del Mediterráneo*, 4, Madrid, pp. 59-79.
- BARREDA, J. (2009): "Funciones, disfunciones e ineficiencias de las elecciones no democráticas en Egipto", en I. ÁLVAREZ-OSSORIO Y L. ZACCARA (comps.) (2009): *Elecciones sin elección. Procesos electorales en Oriente Medio y el Magreb*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- BATTESTI, V. e IRETON, F. (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant révolution*, París, Sindbad.

- BEININ, J. (2012): "The rise of Egyptian Workers", Carnegie Papers, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, junio de 2012.
- BEININ, J. Y AL-HAMALAWY, H. (2007): "Egyptian Textile Workers Confront the New Economic Order", Middle East Report Online, 25 de marzo. Consulta del 12 de mayo 2007 (<http://www.merip.org/mero/mero032507/>).
- BEININ, J. (2008) "Underbelly of Egypt's Neoliberal Agenda", *Middle East Report Online*, 5 de abril. Consulta de 6 de junio de 2008 (<http://www.merip.org/mero/mero040508/>).
- BEININ, J. Y LOCKMAN, Z. (1987): *Workers on the Nile: Nationalism, Communism, Islam and the Egyptian Working Class, 1882-1954*, El Cairo, The American University in Cairo Press.
- BINDER, L. (1978): *In a Moment of Enthusiasm: Political Power and the Second Stratum in Egypt*, Chicago y Londres, Chicago University Press.
- BINDER, L. (2004): "Iconology, Ideology and Demonology", en E. PODEH Y O. WINCKLER: *Rethinking Nasserism. Revolution and Historical Memory in Modern Egypt*, Gainesville, University Press of Florida.
- BLOOMBERG (2011): "Entrevista telefónica con Naguib Sawiriss de 6 de junio de 2011", Youtube: 6 de junio de 2011. Consulta de 4 de julio de 2012 (http://www.youtube.com/watch?v=K8ajd-8zM_A).
- BOUTALED, A. (2011): "La jeunesse: une réalité massive, une catégorie émergente", en V. BATTISTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant révolution*, París, Sindbad.
- CARBONARI, J. (2011): "Map and list of Egyptian Political Parties", *The Arabist*, 17 de noviembre de 2011. Consulta de 30 de noviembre de 2012 (<http://www.arabist.net/blog/2011/11/17/major-update-to-egypt-politicalpartiesmap.html>).
- CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE (2011): "Results of Egypt's People's Assembly Election", Carnegie Endowment for International Peace, Washington. Consulta de 5 de julio 2012 (<http://egyptelections.carnegieendowment.org/2012/01/25/results-of-egypt%E2%80%99s-people%E2%80%99s-assembly-elections>).
- CLEMENT, F. (2011): "Le nouveau marché de travail, les conflits sociaux et la pauvreté", en V. BATTISTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant révolution*, París, Sindbad.
- COLLA, E. (2011): "The People Want", *Middle East Report*, 263, pp. 8-13.
- CSCAWEB (2004): "Organizaciones políticas y sociales egipcias rechazan un nuevo mandato de Mubarak" (Traducción de la declaración fundacional de la Campaña Popular por el Cambio), CSCA (Comité de Solidaridad con la Causa Árabe),

- Madrid. Consulta del 10 de enero de 2005 (http://www.nodo50.org/csca/agenda2004/misc/egipto_8-10-04.html).
- DJOUFELKIT-COTTENET, H. (2011): "L'industrie depuis le début des années 1970: Histoire d'un développement contrarié", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.
- DUPRET, B. (Comp.) (1994): *Le phénomène de la violence politique. Perspectives comparatistes et paradigme égyptien*, El Cairo, CEDEJ.
- EL-SHOBAKI, A. (2005): "Mawqif al-ahzab wa-l-quwa al-siyasiyya min al-musharaka fi intijabat al-ri'asa", en A. H. RABÍA: *Al-Ta`dil al-dustur wa intijabat al-ri'asa*, El Cairo, Centro de Estudios Políticos y Estratégicos de Al-Ahram.
- EL-ANANI, K. (2011): "The new Islamist scene in Egypt", *Al-Ahram Weekly Online*, 23-29 de junio de 2011. Consulta de 14 de julio de 2011 (<http://weekly.ahram.org.eg/2011/1053/op3.htm>).
- EL-BAHR, S. (2011): "Negad El-Borai: hopes and fears in a time of change" (Entrevista), *Al-Ahram Weekly*, 6-12 de octubre de 2011. Consulta de 10 de noviembre 2012 (<http://weekly.ahram.org.eg/2011/1067/profile.html>).
- EL-SAYYED, M.K. (2011): "Économie politique de la croissance: du capitalisme d'Etat à la libéralisation" en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.
- ESSAM EL-DIN, G. (2010): "In support of Khaled Said ", *Al-Ahram Weekly Online*, 1-7 de julio de 2010. Consulta de 3 de septiembre de 2010 (<http://weekly.ahram.org.eg/2010/1005/eg6.htm>)
- FUAD, V., RIFAAT, N. Y MURQUS, S. (2004): "Al-munazammât al-ahliyya wa-l-dawla fi misr: min al-sukun ila al-haraka", en N. ABDEL FATTAH, S. BEN NEFISSA, K. S. MILANI Y S. HANAFI (2004): *Al-Munazammât al-ahliyya al-arabiyya wa-l-mahkumiyya*, El Cairo, Centro de Estudios Políticos y Estratégicos de Al-Ahram.
- GAMBLIN, C. (1997): *Contours et détours du politique en Egypte. Les élections législatives de 1995*, París-El Cairo, L'Harmattan-CEDEJ.
- GOBE, E. (1999): *Les hommes d'affaires égyptiens. Démocratisation et secteur privé dans l'Égypte de l'infitah*, París, Karthala.
- GÓMEZ GARCÍA, L. (1996): *Marxismo, islam e islamismo. El proyecto de Adil Husayn*, Madrid, Cantarabia.
- GUAAYBES, T. (2011): "Les médias égyptiens et l'internationalisation des flux", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.

- IBRAHIM, H.T. (1994): "La violence politique en Égypte», en B. DUPRET (Comp.) (1994): *Le phénomène de la violence politique. Perspectives comparatistes et paradigme égyptien*, El Cairo, CEDEJ.
- ICEX (2010): Ficha país. Egipto, ICEX, Madrid.
- IRETON, F. (2011). "L'économie politique de l'agriculture: de l'encadrement étatique à la déréglementation", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.
- KAUS, E. (2011): "La presse à l'épreuve des weblogs", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.
- KIENLE, E. (1997). "Désélectionner par le haut. Le Wafd dans les elections législatives de 1995", en C. GAMBLIN (1997): *Contours et détours du politique en Egypte. Les élections législatives de 1995*, París-El Cairo, L'Harmattan-CEDEJ.
- LE VINE, M. (2011): "Entrevista con Hossam el-Hamalawy, periodista y bloguero egipcio", *Rebelión*, 29 de enero. Consulta de 3 de febrero 2011 (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=121317/>).
- LONGUENESSE, E. Y MONCIAUD, D. (2011): "Les syndicalismes: lutte nationale, corporatismes et contestations", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant revolution*, París, Sindbad.
- MAGED, A. (2011): "Salafism: The unknown quantity", *Al-Ahram Weekly Online*, 12-18 de mayo de 2011. Consulta de 3 de junio de 2011 (<http://weekly.ahram.org.eg/2011/1047/eg40.htm>).
- MARTÍN MUÑOZ, G. (1992): *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo (1922-1990)*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.
- PAGÈS-EL KAROUI, D. Y VIGNAL, L. (2011): "Les racines de la « révolution du 25 janvier » en Égypte: une réflexion géographique", *EchoGéo* [En ligne], Sur le Vif, 27 de octubre de 2011. Consultado el 7 de noviembre de 2012 (<http://echogeo.revues.org/12627> ; DOI : 10.4000/echogeo.12627).
- POMMIER, S. (2008): *Egypte. L'envers du décor*, París, La Découverte.
- QANDIL, A. (1994): "L'évaluation du role des islamistes dans les syndicats professionnels égyptiens", en B. DUPRET (Comp.) (1994): *Le phénomène de la violence politique. Perspectives comparatistes et paradigme égyptien*, El Cairo, CEDEJ.
- RAMSIS, B. (1997): "Le Tagammu`et les elections ou la conception du parlamentarisme chez un parti de gauche", C. GAMBLIN (1997): *Contours et détours du politique en Egypte. Les élections législatives de 1995*, París-El Cairo, L'Harmattan-CEDEJ.

- RODENBECK, M. (2010): "Holding its breath. A special report on Egypt", *The Economist*, 8691, 17 de julio.
- SHEHAB, S. (2005): "From A to b" (Entrevista a Hossam Badrawi), *Al-Ahram Weekly*, 15-21 de diciembre de 2005.
- SHOUKRI, G. (1981): *Portrait of a President. Sadat's Road to Jerusalem* (2ª ed.), Londres, Zed Press [1ª ed. en árabe y en francés, 1978].
- WATERBURY, J. (1984): *The Egypt of Nasser and Sadat. The political Economy of Two Regimes*, Princeton, Princeton University Press (2ªed).
- YACOUB, M. (2011): "Associations, ONG et développement", en V. BATTESTI Y F. IRETON (Comp.) (2011): *L'Égypte au present. Inventaire d'une société avant révolution*, París, Sindbad.

* Los títulos en árabe han sido escritos mediante una transliteración a las letras del castellano que sólo muy parcialmente recoge la realidad fonética, pero que simplifica las tareas de edición y permitirá a los lectores del árabe conocer el tenor real de dichos títulos

Recibido: 1 de octubre de 2012
Aceptado: 29 de noviembre de 2012

Javier Barreda es profesor del Área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante, donde imparte principalmente materias relacionadas con la lengua árabe y su traducción. Desde 1991 ha publicado trabajos sobre la política egipcia contemporánea. Ha traducido varias obras literarias y ensayos del árabe al castellano.